



EL HEREDERO DE LA TIERRA PROMETIDA

Arte literario en prosa



**La historia de un hombre, con diversos
(des)encuentros en la encrucijada del camino.**

Por Benny Márquez



Maracay, Julio 2022

El Heredero de la Tierra Prometida

Depósito Legal: **AR2022000069**

ISBN: **978-980-6508-33-0**

Reservados todos los derechos conforme a la Ley



COMITÉ EDITORIAL

Dra. Crisálida Villegas G (UBA, Venezuela)

Dra. Miriam Mendoza (UBA, Venezuela)

Dr. Ibaldo Fandiño (Colombia)

Dra. Omaira Golcheidt (UCh, Chile)

Dra. Luisa A. González (UNESR, Venezuela)

Dra. Nancy Ricardo (UCSG, Ecuador)

PORTADAS Y REVISIÓN

Dra. Sandra Salazar (Escriba, Venezuela)

FORMATO ELECTRÓNICO

Dra. Nohelia Alfonzo (UBA, Venezuela)

Fecha de Aceptación: Marzo, 2022

Fecha de Publicación: Julio, 2022

Se permite la reproducción total o parcial de los trabajos publicados, siempre que se indique expresamente la fuente.

El Heredero de la Tierra Prometida

© UNIVERSIDAD BICENTENARIA DE ARAGUA

AUTORIDADES

Dr. Basilio Sánchez Aranguren

Rector

Dr. Manuel Piñate

Vicerrector Académico

Dr. Gustavo Sánchez

Vicerrector. Administrativo

Dra. Edilia T. Papa A

Secretaria

DECANATO DE INVESTIGACIÓN, EXTENSIÓN Y POSTGRADO

Dra. Milagros Ovalles

Decana

Esp. Maria Teresa Ramirez

Directora de Postgrado

Dra. Maite Marrero

Directora de Investigación

Dra. Crisálida Villegas G

Directora del Fondo Editorial

SERIE ESCRITURA

Volumen 5, Número 2, Año 2022

San Joaquín de Turmero- Universidad Bicentenario de Aragua

Es una publicación correspondiente a la Serie Escritura del Fondo Editorial de la Universidad Bicentenario de Aragua (FEUBA), dirigida a docentes e investigadores de las distintas disciplinas del saber. Tiene como propósito divulgar los avances de estudios, casos o experiencias de interés para el desarrollo de la escritura académica. Es una publicación periódica trimestral arbitrada por el sistema doble ciego, el cual asegura la confidencialidad del proceso, al mantener en reserva la identidad de los árbitros.

El Heredero de la Tierra Prometida



CONTENIDO

| | | pp. |
|--------------|---|------------------|
| | Preludio | <u>5</u> |
| | Dedicatoria | <u>6</u> |
| I. | El nacimiento de un camino | <u>7</u> |
| II. | El perfil de la infancia hacia la adolescencia de madurez temprana | <u>16</u> |
| III. | El viaje sin retorno | <u>25</u> |
| IV. | La estancia de un idilio de primavera | <u>33</u> |
| V. | La universidad de los libros y la vida | <u>41</u> |
| VI. | La carta, retornos y reencuentros | <u>49</u> |
| VII. | La tierra prometida | <u>58</u> |
| VIII. | El supremo desenlace | <u>73</u> |
| | Reseña del autor | <u>91</u> |
| | Aspectos Generales | <u>92</u> |
| | | |

El Heredero de la Tierra Prometida

PRELUDIO

Este contenido prosaico literario expresión dramática, refleja como eje central la historia de vida del personaje principal Martin Eulises, unida a continuadas tramas existenciales de quien debió sortear obstáculos destinados, un niño orfano, el cual conoció personas en el vaivén de su vida, dándose encuentros, desencuentros, viajó física y sentimentalmente en diversos medios a lugares cercanos y lejanos, se hizo médico, desarrollo su idilio primaveral con su beldad María Valentina, conoció su retoño Luciano Martin hasta lograr ser el heredero de un mensaje de vida, que recibió de su padre y trasladada a su hijo.

Así, el heredero de la tierra prometida, es una novela impregnada de historia vivencial, de un naturalismo romántico, e idilio melancólico, dado en una zona rural, convertida en tierra de ensueño, con mezcla de vida y paisajismo, colmada de figuras literarias, narración variada, trastocada en espaciados naturales y emotivos, muestra el perfil de un ser, cuyas aversiones no le impidieron desarrollar su caudal constante de reencontrarse con su destino, de relacionarse con el entorno y de hacer del final de una historia cada vez más incierto.

EL Autor

El Heredero de la Tierra Prometida

DEDICATORIA

A Dios todo poderoso por su infinita misericordia en la inspiración del arte literario.

A la memoria eterna de mi Señora Madre Mercedes María, por el gran amor sembrado en mi ser.

A mi Señora Hermana Vanessa Yosmary por su afecto en cada momento de la existencia.

A mis queridos sobrinos José Matías y Milán José, por los hermosos momentos que me permiten compartir.

A las Dras. Crisálida Villegas y Sandra Salazar por su apoyo en esta producción.

A mis hermanos de la iglesia por sus afectuosos acompañamientos.

A mis estudiantes universitarios para que se sientan estimulados e incorporen en el mundo del arte literario.

A todos los amantes del arte literario una prosa dramática, de idilio y realismo naturalista haciéndose interpretación y vivencia del texto.

Benny Márquez

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO I

EL NACIMIENTO DE UN CAMINO

En aquella tarde de oscura tormenta, se oía aullar en la lejanía a la paraulata cantora, la caída de la incesante lluvia impregnaba de magia el firmamento, Doña Martina Domínguez, trabajaba como humilde doméstica para el año 1984 en la casa de unos colonos españoles, en el Hato la Esperanza, siempre caminaba decidida con pasos tan largos como el surcar de la luna, hacia el tinajero del fondo, allí el joven de la casa siempre confundía miradas con las suyas parecían dos búhos cómplices cuando se acercaban disimuladamente a su nido, él con su voz áspera, ella dulce como el almíbar además parecía tan ingenua y desconcertada, como cual brisa veraniega, pero respondía con correspondencia penosa a aquellas miradas provocadoras que no vacilaban, tantas palabras, gestos, cuantas veces el corría cerca al viejo trapiche y ella cercana admiraba la humanidad de su romancero, el cual día a día le conquistaba, ella parecía flor cedida y rendida ante la fuerza del abono de invierno.

Fueron tantos los gestos, dichos por aquel hombre Fernando Gaspar a Martina Domínguez, que el hijo de esos colonos españoles logró su mayor conquista, hacer cautivo en barrotes de amor el corazón sendero de Doña Martina, tanto insistir como el ave voladora que llegaba al nido, hasta que da el cántaro, una noche cómplice de lluvia junto a la luna taciturna coronó su lustro, cuando el encuentro de aquellos dos seres que parecían alfa y omega llevó a un fruto, se sembró un germen del amor, cuando Doña Martina quedaba encinta, sin saber la importancia del retoño y los desafueros que le esperaban en un destino aproximado, hermético y distendido.

La madre de Fernando Gaspar, Doña Ifigenia, era bastante imponente y conservadora, un día cuando las aves revoloteaban, la soledad de ella y su hijo en una tarde de café se matizaba, el tic tac del viejo tinajero sonaba tan fuerte, como agolpaban los pasos firmes de un Fernando Gaspar, el cual sentía latir su

El Heredero de la Tierra Prometida

corazón con tanta intensidad echándose a andar hacia aquel salón donde la penumbra de un destino involuntario le cerniría, su madre sentada en un sofá antiguo posaba una taza de un café tan amargo como el mensaje preparado para su fiel hijo, sus ojos parecían lejanos cuando veía rodar las agujas del viejo reloj el cual no se detendría, como no lo haría ese destino que cambiaría el rumbo hasta hoy vivido.

Entró Fernando Gaspar, soltó aquella puerta que separaba el pasillo al salón, su madre soltó la vieja taza de café, y le expresó: hijo mío debemos conversar, es tiempo de que te eches andar a nuestra tierra, retorna a casa, acá no comprometas el presente con la vanidad y los sentimientos confusos efímeros, Fernando Gaspar cayó su mirada ante las palabras de su madre, parecía como cuando la brisa se detiene y no sabe tomar nuevamente rumbo y con voz entrecortada le replicó: Amada señora madre acá en el Hato la Esperanza está mi destino, no puedo sembrar semilla cuando lo lejano es hermético a mi mismidad, después de esto fueron extenuadas las horas de palabras, ojos largos, y cara de melancolía, de quien era convencido de abandonar su nido, para no volver, y de quien callaba aquel hermoso idilio de un invierno cómplice, tanto vitoreó en insistencia su madre al joven tímido y silente, hasta que las razones le obligaron a apartarse pronto de aquel lugar.

Pasaron días, Don Fernando Gaspar ya no trataba igual a Doña Martina, la frivolidad de gestos, la distancia que parecía la crónica de un vacío anunciado comenzaba a tener frutos, Doña Martina presentía que el final de su idilio, de aquella travesura invernal tendría sus fines, mientras silente, no comentaba del fruto de aquel amor, cuando quizás pronto las líneas del tiempo se iban a hacer firmes como planas expresivas.

Noches pasaron Fernando Gaspar escribió de su puño y letra una carta en la cual anunciaba a Doña Martina su remembranza de lo hermoso de aquel invierno cercano, precedido del dulce néctar de un amor de primavera seducido en la juventud de sus autores cómplices, se sentía confundido y apesadumbrado

El Heredero de la Tierra Prometida

con la lluvia de aquel invierno, pero él no soltaba prenda de aquel viaje a rumbo y destino incierto, del cual no dejaría un rastro, sería como la huella resignada al olvido, mientras ella no hablaba del fruto del amor concebido; cosa vividas, vivibles, no dichas, palabras que no se comunicaron, siendo huellas que luego quedarían marcadas en el destino como hilos de trazos abiertos.

Una madrugada Fernando Gaspar tomó la vieja mochila mientras todos dormían en el Hato la Esperanza, cumplía el capricho de su madre, no hubo tiempo de despedidas, el mar de lágrimas fue suplantado por el raudal de lluvia inclemente de un invierno, el cielo sentía lo que el corazón apesadumbrado a un romancero le colmaba, era hacer travesía forzada a la lejanía, dejando el corazón herido, la mente lastimada, era un cuerpo que iba a lo lejos dejando atrás su mismidad de sentimientos cautivos en el lugar de esa partida, Doña Martina yacía dormida, un cuerpo descansado, una mente ingenua que soñaba momentos como el de aquellas novelas que leía de libros viejos a diario al terminar su faena, sin sospechar que el destino le tenía guardada una sorpresa que marcaría el néctar de su romance como la amargura de un café más puro sin dulce que le remedie ante la lejanía infausta de su romancero.

Amaneció un día distinto, los perros aullaban, las aves murmuraban, el tinajero dejaba entre abierto un tic tac más lento, nada parecía semejante al alba retoño de otros días, Doña Martina se asomó por su ventana la cual daba al establo, como cosa rara no visó a Fernando Gaspar, pensó que alguna aventura el destino le acometía, salió corriendo al salón y al soltar la puerta Doña Ifigenia leía un libro, abanicaba aire hacia su rostro, mientras la joven Martina se acercaba aquellos pasos sonaban tan temblorosos como cuando un corazón oprimido salta ante la impresión de un estruendo extraño que le agita, llegó Martina al salón y Doña Ifigenia, la miró, afirmándole: ha llegado el fin de tus días en el Hato la Esperanza debes partir jovencita, Fernando Gaspar mi hijo ha emprendido travesías a rumbos lejanos y perennes, tras un amor verdadero.

Los oídos de Martina parecían como la soledad de un campo abierto hechos

El Heredero de la Tierra Prometida

de incredulidad y mutismo, sus ojos parecían como la cabecera de un río represando agua cuando quiere dejar correr sus raudales en caminos, aguantaba llorar para tratar de no decir la verdad del idilio a Doña Ifigenia la madre de Fernando Gaspar, cuando Martina quiso hablarle de su hijo y su embarazo, Doña Ifigenia altiva, evadía, no quería dar credulidad a aquella joven a la cual acusaba de farsante, y artificial como las novelas que leía de tarde después de hacer los tantos oficios.

Pasaron dos días, la lluvia no se detenía, tampoco lo hacían las lágrimas de una desconsolada Martina, quien leía y releía la carta dejada por Fernando Gaspar, su contenido le parecía que un engaño, una traición, una trampa del destino le habían jugado, de seguro una mala pasada, rompía a pedazos aquella infortunada carta y la enjuagaba con sus lágrimas semejantes a la lluvia cercana de un río incesante ante la lucha del sol por aparecer firme, recogía lo poco tenido, empacaba, aquella joven inquieta e insegura, no sabía qué hacer, estaba en la encrucijada de dos caminos, sin saber cuál era el rumbo a surcar y que haría con el fruto de su amor, su hijo, del cual presentía la hoy incerteza de un camino esquivo.

Llegó el día de partir, dejaba atrás el Hato de la Esperanza, sus pasos por aquel polvoriento campo hacia la carretera sonaban como cuando las locomotoras corren veloz sin tener palanca que les detenga, la complicitad de la brisa se hizo cautiva, los pájaros volaron y su canto anunciaba un ritmo desconocido, un horizonte a descubrir donde hay líneas raras, que hacen escribir torcido alterando cualquier proyecto idealista, Martina camino tanto que sus cansados pies no vacilaban en temblar, añorando el amor detenido por la fuerza del destino, y pasando por su mente a retaso el compromiso de vida por aquel: su hijo, sin saber lo que el destino le tenía escrito.

Entre pensamientos encontrados, parecidos a cruces de ríos que coinciden en un círculo, Martina de tanto pensar sentada en un muro, recordó a una amiga de infancia la cual era cómplice de aquellas carreras cercanas a la laguna en su

El Heredero de la Tierra Prometida

tiempo de dulce niña, su amiga la negra de Trinidad Doña Juana Rembrandt, quien tenía un rancho a las afueras de Pueblo Encantado, el cual yacía cerca del Hato la Esperanza, el destino sin saberlo, se transformó en el viento impulsivo que condujo a Doña Martina a aquel aposento donde la luz de la vida tendría su alba de sol, en una mañana distinta que tomaría luego un ritmo de destino.

Era una mañana solitaria, cercano al rancho el perro fiel latía con alaridos que anunciaban que algo extraño se acercaba, la brisa del viento golpeaba suavemente la rendija de la vieja ventana, yacía Martina en su lecho, Juana y su amiga Lorna le asistían en aquel momento mágico, cada contracción del parto, se mezclaba con cada recuerdo por Fernando Gaspar, una humanidad pujaba, sentía llanto como agua calmando sed incesante, hasta tanto la luz de vida floreció como cuando el sol cambia la lluvia por luz viva, nació un niño, decidió llamarlo Martin Eulises, era de tez morena, ojos marrón, de mediana estatura, tenía la sonrisa tímida e ingenua de su madre, junto a los ojos y boca semejantes a la protuberancia de su padre, aquellos ojos asemejaban a dos luceros que vieron brillar el destello de aquella primera noche taciturna, y una boca abierta parecía fuente de brisa que se irradiaba en el raudal de una laguna movida.

Pasaban los días de aquella dramática historia, el niño Martin Eulises, nombre combinado del padre de Martina y su abuelo, dos campechanos de otra lejanía al Pueblo Encantado que ya no existían en la firmeza de este tiempo; reflejaba llanto y desesperación, como si fuese lluvia inclemente que no se frenaba en la incerteza, los límites de aquella parturienta de no poder socorrer a su hijo, le llevaron a tomar la infausta decisión de entregarlo, el momento de aquella separación fue tan particular parecía un árbol frondoso que perdía sus ramas, y el cual tardaría mucho para expresar su verdor natural, el destino tendía una trampa, obligaba a una separación efímera, de quienes encerrados en un laberinto parecían no encontrar una salida.

Llegó a Caballo Don Carlos de Sevilla, el Jefe de la Hacienda los Girasoles situada a otro rincón de Pueblo Encantado, alto, moreno, y de ojos pardos, aquel

El Heredero de la Tierra Prometida

hombre había atravesado el Arauca, tenía la jefatura de aquella Hacienda pues sus amos habían salido a explorar en lejanías, su mujer era infértil como la tierra árida, y aquel hijo podría significar el sello de una familia, semejante al ave que llega a un nido cálido para evitar andar pérdida y darle más calor en cada noche oscura, vagando en cada noche solitaria, dándole color a su pasto.

Don Carlos abrió la puerta de aquel rancho, la cual sonaba presintiendo un giro del destino, ante los ojos incrédulos de lo que ocurriría tomó al niño ante su madre quien desconcertada entre llantos y melancolía, lo envolvía en su pequeña manta, salió aquel hombre pasitrotero a caballo, la lejanía poco a poco se quedaba atrás, el llanto de Martina que se desprendía de alejarse de una parte de su luz, junto a los pasos del caballo de Don Carlos asemejaban a dos nubes que marchan a ritmos desconcertados, sin tener seguridad de rejunarse ante incertezas del tiempo vacilante y vago.

Después de horas de travesía a Caballo, a la llegada de los Girasoles, aguardaba en su entrada Doña Ruperta la esposa de Don Carlos, era joven, delgada, blanca con ojos que parecían golondrinas, esperaba ansiosa en el sillón de la puerta de aquella hacienda, los pasos del caballo y el llanto del niño comenzaban a sentirse cuando cada vez más cerca se aproximaban, parecían como la lluvia lejana que comienza a acercarse, es como lo incierto cuando va volviéndose puro y auténtico.

Doña Ruperta sentía su corazón como un tambor que sonaba más fuerte cuando entre desconcierto, alegría y emoción Don Carlos se bajaba de su caballo compañero del destino, corrió hacia él como una yegua que pasitrotera colmaba la sabana sin detenerse, cuando tomó aquel niño en sus brazos sintió una profunda nostalgia como si la vida, le hubiese hecho volver a nacer, corrió a un viejo salón le vistió, empezó a cantarle en su cunita cerquita de una pequeña chimenea, admirando el dormir de un pequeño ser, de quien no se sabía debía conocer desafueros para ser luego el heredero de la tierra prometida y el transmisor a su prole.

El Heredero de la Tierra Prometida

Pasaban días, semanas y meses la mezcla de invierno y verano, que parecían más intercalados a un alfa y omega sin límites, signaron los primeros días del niño Martin Eulises quien se veía muy hiperactivo e inquieto, el cual reaccionaba a cualquier estímulo del sol, la brisa, la lluvia o las estrellas, su madre le admiraba y cuidaba, mientras su padre hacía a caballo sus tantos interminables oficios. Los meses eran cómplices de una vida destinada a ser calma dentro de las tempestades del firmamento, el calor materno hogareño de Carlos y Ruperta le dieron a Martin Eulises la huella de un color destino, de un realismo mágico de ensueño que parecía un cuento de hadas pero con un sinfín de destinos que borrarían lo tenue del brillo de aquellos momentos.

El destino escribe trampas, en donde los sueños e ideales proyectos confrontan con la muralla de lo imprevisto, luego de presentar al niño, comenzó una contrariedad a aquejar a Doña Ruperta, la cual evidencia una enfermedad repentina, mientras su pequeño reía y lloraba, semejante al intercalo de sol y lluvia, aquellos síntomas se acomplejaban, parecía un raudal de arena esparcido que no se detenía ni con la callada del viento efímero.

Pasaban días, la agonía de Doña Ruperta se acentuaba, Don Carlos parecía vacilante, desconcertado entre el lecho de su mujer y el correr como buey que saltaba cuando algún paisaje le componía ante el niño Martin Eulises quien lo ameritaba, llegó la noche infausta en la cual las aves cantaban tan fuerte anunciando lo imprevisto y fatalista, era el fin de Doña Ruperta, quien entre delirios de amor y voz entrecortada semejante a la Garza que no lograba fundir sonido, le encomendaba a su esposo Don Carlos el cuidado de aquel niño, de poco tiempo de nacido.

Los nuevos tiempos de Don Carlos se hacía tan complejos, semejantes a la brisa que arrastra arena y nubla por momentos la mirada hacia el firmamento, al hacer sus oficios, llevaba a su hijo consigo a ratos a caballo, eran padre e hijo cómplices de mañanas y tardes, conociendo el colorario de paisajes, y viendo aquel estilo de vida, el cual parecía a la película que se grababa en la mente de

El Heredero de la Tierra Prometida

un aprendiz temprano, momentos que marcarían al niño que hecho hombre daría riendas a los desencuentros hacia la tierra prometida.

Así pasaron los primeros tiempos de aquel niño, hiperactivo, inquieto, sediento de descubrir, de hacer lejanías cercanas, tratando de conjuntar entre paisajes y vivencias una esencia que no se perdía, lo cual le permitía abonar posibles sueños hacia un futuro en infinitud colmado de muchas experiencias y latentes realidades.

Tardes de trabajo Don Carlos debía transar desde los Girasoles, junto a jornaleros al trasladar muchas maderas y frutos a Pueblo Encantado, con algo inusual en su pequeño bolso, cercano a su pecho llevaba siempre junto a su humanidad al niño Martín Eulises quien admiraba la entereza de su padre, el parecía como el roble inagotado el cual no cedía ni con la más grande de las turbulencias lluviosas, aquel mensaje empezaba a tener fuerza en la mente de un niño, parecía como un papel pinta colores, los cuales luego podían marcar una hoja de vida entre horizontes conquistados y pergaminos de vida por descubrirse.

Pasaban días de aquellas primeras travesías, viajes y traslados del día a día, se daban huellas que se repetían en el niño que se moldeaba, parecía pergamino liso en el cual la evidencia del destino remarcaba formas imborrables, su padre a pesar del cansancio semejante a las flores que se agotan en el otoño, hacia cada esfuerzo por lograr lo suyo y tratar de suplir el silencio materno de una Martina y Ruperta que ausentes parecían dos rosas perdidas en un jardín del cual ya no florecen verdor para un infantil jardinero.

Aquella infancia temprana, las primeras huellas del destino, asemejaban a la brisa que impactaba sin olvido el andar de dos caminantes inquietos en la apesumbrada fachada de un verano que cambiando al invierno dejaba a entrever en el destino una historia de vida volátil y cambiante semejante a las aves en desconcierto que esperaban del tiempo otras señales posibles para enrumbarse incluso a fronterismos desconocidos.

El Heredero de la Tierra Prometida

Así comienza la vida del futuro heredero de la tierra prometida entre conciertos y desencuentros de un destino ambiguo con tantas sorpresas dejando a entrever que la marca irremediable tendría sus frutos en el porvenir como una laceración cromática que colma de luz cándida el grosor de un paisaje variopinto lleno de tantos elementos posibles en un destino lleno de inmensurables laberintos confines de un andar agridulce en el cual Martin Eulises debería sortear barreras y reencontrar caminos.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO II

EL PERFIL DE LA INFANCIA HACIA LA ADOLESCENCIA DE MADUREZ TEMPRANA

Han pasado ocho años de aquellas primeras experiencias, Don Carlos sigue su ruta de vida aún en desconcierto ante la ausencia de su mujer Doña Ruperta y la dificultad de encontrar a Martina, quien ya no está en el rancho de Juana la Trinitaria, aquel destino le hace esforzarse pareciendo servir de burbuja que infla aire en un ambiente puro, debiendo cuidar a Martin Eulises por sí solo, sacar adelante a aquel niño en edad temprana, un esfuerzo tan semejante a remar canoas cuando las aguas rabiosas de un río se mueven en contra corriente, la falta de una madre significaba un esfuerzo doble pero aquel lugareño no tan acostumbrado a labores domésticas, tomaba un inusitado ritmo, era como hacer sales en arenas, transformando lo árido en la flora fértil.

En una tarde de verano, ya pasaban 8 años del nacimiento del niño, su padre anduvo a caballo, lo llevó consigo a una laguna cercana a las afueras de Pueblo Encantado a un costado de la Hacienda los Girasoles, en aquel paisaje el agua parecía entonada, el sol radiante degradaba su color, y la brisa cómplice soplaba mientras el agua se movía semejante a la diáspora dispersa ante un sol vago y silente en su paso firme, la montaña que estaba detrás parecía escalera hacia a un infinito sentido.

Aquella tarde cautiva permitió a Don Carlos sentarse a un lado de su hijo cerquita de la laguna parecían padre e hijo dos árboles frondosos que abrían sus ramas a la naturaleza cuando sus ojos se embargaban en lo inmerso de la laguna, Don Carlos empezó a leer un libro empolvado de esos que guardaba en su viejo estudio, le hablaba a su pequeño Martin Eulises de la vida de un aventurero que debió en la soledad del destino caminar en noches oscuras, a solas en los laberintos veraniegos de tardes repetidas, sin saber que era el prelude del destino de aquel niño, la voz de Don Carlos daba entonación musical a aquellos pasajes, los cuales se repetirían a futuro en la vida de su hijo, cuando viendo a las nubes el

El Heredero de la Tierra Prometida

padre exclamó: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo, debemos andar, sólo así descubriremos como construir la tierra prometida, entre flores y espinas, entre dulce y amargo, el letargo del tiempo no será olvido, si lo vivimos con algún sentido.

Ante estas palabras los oídos de Martin Eulises parecían dos aves silentes y oyentes de una brisa que suaviza en su vaivén en el rostro la presencia del destino, su mente empezaba a colorear imaginarios, a tender puentes del tiempo, a idealizar paraísos de colores, aquel mensaje sin saberlo sería una semilla labrada que marcaría el hoy, el ahora, el mañana y el siempre de aquel ansioso oyente que grababa el preludio de su destino en la resonancia de sus oídos, en la firmeza de su mente, en la infinitud de su corazón.

El niño Martin Eulises preso de la ingenuidad de la edad temprana, pero rapaz por lectura, pensó deslastrando el mutismo de su mente y atestó: Padre mío, veo lejos ese horizonte, la laguna aguarda lo profundo, se que aún la experiencia no se escribe, no sé si habrá tropiezos, pero de seguro la roca del destino se limará y moverá para echarse a superar subterfugios y en un andar muy seguro llegará la tierra prometida.

Caía el ocaso de aquel día, largas horas de relatos de un padre y su hijo, compañeros, cómplices, confidentes del destino, entre las sentadas en manta cerca de la laguna, y pequeños paseos de canoa, en los cuales muchas frases fueron dichas, muchas expresiones se repetían, era como el cincel labrando grabados en rocas de fuerza lisa, para que no se borrasen con el tempestuoso viento y la erosión cálida silente, semejante al oprobioso destino del cual se preparaba a aquel niño.

Retornaban a Caballo a la Hacienda los Girasoles, las luciérnagas vagabundas trataban de alumbrar el paso del pasitrotero caballo, con su jinete andante y su prole adoptada cautivos de un momento de conmoción, reflexión y camino, mientras más se acercaba el caballo a la hacienda, para Martin Eulises

El Heredero de la Tierra Prometida

las palabras de su padre cobraban algún sentido, la cercana fachada colorida de la casa, hacía pasar de lo oscuro del camino a la clarividencia de la luz de un ambiente cómplice, se repetían mentalmente las palabras de su padre: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible.

Pasan los años, ya Martin Eulises alcanza más lustros de vida, han ocurrido algunos instantes desde el paseo de aquella laguna, las palabras dichas por su padre le golpean la mente y el corazón a aquel niño, la huella de la madurez del tiempo que avanza como una locomotora hacia adelante, hace que muchas frases colmadas de experiencias, se hagan más fuertes semejantes a la flor con verdor y florecencia cuando el regado abonado y acuoso del siempre impiden al verano y otoño apagar la existencia posible.

Cientos de experiencias como la de aquella laguna y los paseos a Pueblo Encantado han hecho mella en un caminante sediento de descubrir, hacer y transformar el destino, Don Carlos se siente cansado, parece el árbol desgastado que no da frutos en un verano cuya sombría dilata sus ramajes, comienza a aquejar dolencias, semejantes a un volcán en erupción que es impreciso y que explosiona en la inseguridad del tiempo.

Pasan los días, y Don Carlos parece como una luz que titila poco a poco, semejante al perfume esparcido en el horizonte sin tener seguridad de fortalecer su aroma, Martin Eulises ve a su padre afectado y recuerda aquellas palabras que le fueron dichas: Hijo mío el destino es incierto, solo al vivir lo hacemos posible. El destino escribe líneas torcidas donde se aspira derechas, la vida de Don Carlos se comienza a desvanecer, cuando apenas Martin Eulises alcanzaba sus 13 años, el adolescente pasaba ratos sentado en el árbol que daba al patio de los Girasoles, leyendo pasajes, recordando palabras de su padre, y oyéndole a la lejanía quejarse de una aflicción que parecía ser el ocaso de la infinitud plena por sí misma.

Llegó una tarde veraniega de Mayo, el reloj muto su silencio tardío, la brisa se detuvo delante de las ventanas, más tarde la luna cómplice redujo su brillo, el

El Heredero de la Tierra Prometida

fin de Don Carlos llegaba, los brazos de su hijo Martin Eulises fueron la fuerza de un despido incierto, entre alfa y omega que se separan entre desconciertos de la noche oscura, lejana y mutante, el inquieto adolescente sentía frenar el corazón, como agua que se retiene ante las cabeceras del río, sus ojos parecían parte de las lagunas que brotan agua tenue en el frondoso invierno cautivo, aquel momento generó grata melancolía, las frases y experiencias convividas pasaron como una película por la mente de un inquieto viviente, era como si la resignación del destino no borraba pergaminos vividos de colores fortalecidos.

Su padre antes de partir le repitió la frase de aquella laguna, y le dijo en voz casi inentendible que había una carta muy bien guardada que estaba a manos de un amigo suyo, y que una vez acontecido el tiempo, la recibiría, y que esta traía consigo el mensaje de una huella de su génesis y destino, pero no alcanza a soltar más prenda de aquel secreto que tiempo más tarde se develaría, se trataba entonces de un enigma que agrandaba más en la mente del adolescente aquella frase de la tarde de laguna: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible.

Comienzan otros tiempos, un Martin Eulises impregnado de la orfandad al haber perdido a sus padres, se hacía cautivo de un abandono material y moral sucesivos, la calle, la existencia, la infinitud del tiempo debían pasar a colmar posibles acantilados, era como que si la laguna vacía debía volver a llenarse de agua cristalina cuando un verano profundo y distendido había secado su reserva posible.

El adolescente Martin Eulises, se convierte en caminante de la calle solitaria, del destino incierto, añorando los pasajes y vivencias de sus padres ausentes, la vida le exige esforzarse, debió tomar una caja para pulir zapatos en la plaza principal de Pueblo Encantado, así en esencia frívola transcurren aquellos días de soledad, entre golpes del destino, de la tempestad, la penuria y el desconcierto, logra amistarse con Juan Gerónimo un joven un año menor que él, estos y su perro cazador, se convierten en un trío armado de noches y días de tantos

El Heredero de la Tierra Prometida

vaivenes como las sorpresas inciertas de una existencia oscura.

Aquel trío cómplice de una adolescencia intranquila debía vivir su historia en una improvisada casa construida en las faldas de un árbol cercano a las salidas de Pueblo Encantado, Martin Eulises nunca dejaba de recordar las frases exclamadas por su padre cerquita de la laguna, su mente las repetía como lapidarias y señoriales: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, las duras experiencias de la orfandad temprana, le hicieron crecer precoz, era como si un pequeño árbol florecía en invierno antes de que la primavera clamase su plenitud y colorido.

La experiencia de Martin Eulises y su compañero de viaje Juan Gerónimo, le permitían asumir de aquella vivencia de pulir zapatos en la plaza del pueblo, un destino que al vivir se hace posible, cada zapato que limpiaba simbolizaba a cada descubrimiento, era cambiar lo impuro por lo cristalino, limpiando incertezas y dando más seguridad a la propia existencia lejana, tardía, pero también cada vez más cercana.

Raras veces Don Romuldo el viejito que cuidaba la puerta de la escuela del pueblo se acercaba a la casa del trío, sorteaba las ramas del árbol que yacían cerca, el fiel perro cazador lo recibía con ladridos que parecían la música melodiosa que informaba a sus amos la cercanía de aquel ilustre visitante, el perro se acercaba le lamía la bota, a lo cual Don Romuldo respondía con caricias en la cara de aquel perro y fiel amigo, se acercaba y tocaba la puerta, el tic tac, cambiaba por el toc toc, pasaba de lo suave a lo fuerte cuando los jóvenes dormidos en la inmediatez del sonido su llamado no atendían, al abrir el viejecito siempre traía consigo una canasta con dos panes, una botellita de agua dulce, y algunos pequeños libros viejos, empolvados pero que aún se leían.

Don Romuldo comentó un día a Martin Eulises: Martin no crees que debes darle otro color a tus días, ante las acometidas de la plaza del día a día, Martin Eulises entró en mutismo, parecía la brisa que cayó cuando el silencio de la noche le hizo ausente, luego pasaron por su mente las frases oídas por el niño ingenuo,

El Heredero de la Tierra Prometida

inquieto e inocente desde su padre: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, después de segundos herméticos, de miradas entrelazadas, Martin Eulises suspiró y exclamó: Don Romuldo es cierto debemos hacer cierto el destino, lo adverso es efímero debemos cambiarlo, pero sortear obstáculos debe ser el primer periplo, aquella noche después de ese primer intercambio muchas cosas fueron dichas entre el viejecito y el adolescente, Juan Gerónimo solo admiraba en silencio aquel conversatorio como cuando el sol atesora a las nubes, el perro Cazador ladraba a las afueras, la luna se mantuvo dinámica, y la brisa remó como siendo premonición de que algo pronto sucedería.

Al pasar los días, llegó un sábado en el cual en la escuela no se darían actividades Don Romuldo en forma cómplice invita a los adolescentes a la biblioteca de la escuela, al entrar cuando estos vieron los estantes pensaron que era un mar abierto, y cada género una ola que se movía para llevarlos a pasear, atesorar, descubrir, y adentrarse a arcanos descubriendo confines, de la lectura Martin Eulises y su amigo Juan Gerónimo, comienzan a dibujar en su mente de aquellas polvorientas páginas un retrato de la existencia, de la infinitud aún no descubierta, Martin Eulises trata de unir las moralejas de su lectura con la frase de su padre: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cuando de cada libro se imaginaba una huella referente de hacer destino.

De tantos sábados de asidua lectura, Don Romuldo convence a los adolescentes de ingresar al sistema educativo, la emoción les embargaba, sentían incertidumbre y anhelaban descubrir horizontes, como hacer mejor vida, como cambiar existencia, tenían limitantes materiales típicas de jóvenes en orfandad, muchos les veían por su atuendo, quizás murmurarían de aquellos compañeros inciertos, pero a pesar de aquello los dos viajeros emprendían una travesía de descubrir esencias, en un aula con personas y experiencias que le daban color a una vida oscurecida de una soledad moral temprana e insólita, junto a la añoranza de experiencias vividas.

Al pasar de los días Martin Eulises y su amigo Juan Gerónimo, regresaban a

El Heredero de la Tierra Prometida

su casa en la falda de aquel arbusto, debían emprender su travesía a la plaza para pulir zapatos, dejando por un momento sus cuadernos improvisados hechos de hojas desgastadas pero con un contenido que parecía la luz clara en la serena tarde de un verano con un sol más fuerte en el paso del día a día. Una tarde al regresar de la Plaza, Don Romuldo se acercó a la casa, con sus panes y la botellita de agua dulce, emprendió oración con los jóvenes cómplices, y juntos compartieron los avances del progreso de unos días alternados de escuela movida y las tardes de una pulida de zapatos en la plaza del pueblo.

Así entre escuela y plaza, Martin Eulises, su amigo Juan Gerónimo y su fiel perro Cazador, pasaron días, semanas y meses, el tiempo se movía, tan volátil y cambiante como la laguna que se degrada con el cambio de un tornasol, un día Don Romuldo fue informado del excelente rendimiento de los muchachos, les obsequio un chocolate a cada uno de la bodega del pueblo, la de Cirineo, a pesar de las limitantes el ímpetu de salir adelante era como una especie de roca firme la cual apaleaba la erosión y la aplanada del destino.

Han llegado a la vuelta de la esquina las vacaciones de navidad, ya era el 15 de Diciembre de 1999, algunas campanas sonaban, los jóvenes Martin Eulises y su amigo Juan Gerónimo atravesaban periplo desde la plaza de pulir zapatos, cuando las aves cantaban, parecían un concierto de voces afines de acordes, en tanto sonaban las campanas de la vieja iglesia cercana a la Plaza, el tic toc, se dejaba a entrever la noche oscura, con un intervalo de silencio, luego los ladridos de Cazador el fiel compañero al lado de los jóvenes en ese trayecto definían el ritmo del camino.

Pasaban por la esquina cercana a la bodega de Cirineo, quien se encontraba a la puerta hablando con Don Romuldo, el viejecito cuidador de la escuela y gran amigo de los jóvenes, el viejecito recordaba una frase acuñada: la vida hay que vivirla y hacerla posible, Cirineo con su gesto en la cara respondía con un si afirmando el mensaje de su interlocutor, Martin Eulises intervino de aquella conversación y por un momento volvió a evocar la frase de su padre de aquella

El Heredero de la Tierra Prometida

tarde de laguna: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, entendió que la vida es una hoja en blanco, los colores son las experiencias, el abono de día a día son partes de los trazos y formas que le dan a su composición en elaboración de un resultado cada día más posible.

A pocos pasos de cruzar cercano a la bodega los jóvenes vieron a una viejecita llorosa en el piso, a la cual le dieron un collar de semillas que habían hecho una tarde en la plaza cuando el sol bravío adormecido y la falta de zapatos a pulir cambiaron el ocio por esa proeza, la abuelita recibió aquel material simple de unos jóvenes que le ayudaban a cruzar la calle.

Otra tarde de sol bravío, en la casa en la falda del árbol, cerquita de la escuela, Martin Eulises, su amigo Juan Gerónimo y su fiel perro Cazador, recordaban la experiencia con la viejecita, Juan Gerónimo atónito dijo a Martin Eulises: Hermano cuan extraño el destino esa viejecita sola, sin apoyo, y nosotros sin un hogar para avanzar la existencia, Martin Eulises ripostó: la vida es difícil, pero hay que vivirla para entenderla, quizás en su mente las célebres palabras de su padre Don Carlos se le repetían como una huella indeleble que adosaba y coloreaba cada momento de su vida, era semejante a un sol firme que no se agotaba tras ser efímeramente oculto tras el bastión de nubes firmes y pasajeras.

Llegó día de noche buena, las campanas de la vieja iglesia sonaban, la bodega de Cirineo cerró temprano, los señores de la Plaza no vinieron a pulir tantos zapatos, tuvieron tiempo de sobra Martin Eulises y su amigo Juan Gerónimo, para preparar dos nuevos collares de semilla uno para Don Romuldo, el viejo amigo del destino y otro para Cirineo por su atenta amistad en aquellas tardes de calores, cuando les obsequiaba a los muchachos y a su fiel perro porciones de aquella destilada agua dulce que calmaba la sed bravía, semejante a un verano sombrío que colmaba las calles del pueblo.

Al entrar a la casa improvisada a la falda de aquel árbol, encendieron aquella pequeña linterna, cuya luz intermitente parecía complicarse con el pequeño ruido de la brisa que golpeaba la ventana, los jóvenes se dispusieron a prepararse para

El Heredero de la Tierra Prometida

visitar la casa de Don Romuldo, quien a tres casas de la bodega de Cirineo, tenía un pequeño patiecito en el cual una pequeña mesa de 4 sería cómplice de una luna, cuyas estrellas fugaces compañeras eran como un regalo mágico para los jóvenes de la calle en aquella noche.

Yacía el ruido de una vieja puerta destartalada, con un toc toc ante frondosa brisa, el tic tac de gotas vacilantes muy próximos a las vasijas de un viejo tinajero, denotaban un ambiente de cercanía dinámica, risas y llantos a granel describían aquel momento, llegó media noche, a pesar de penurias, conciertos y desencuentros en la señal del destino los jóvenes, el perro y el anciano recreaban pasajes de la vida, dándole Martín Eulises sentido a la frase de la laguna: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO III

EL VIAJE SIN RETORNO

El tiempo no vacila, noche buena y noche vieja han pasado con sus colores, vivencias y experiencias sentidas, el alba de un nuevo enero, comienza a tejer surcados en continuos laberintos, el retorno a la Plaza a Pulir Zapatos, la proximidad de la escuela, hacen de la vida una esencia continuada hacia retrospección y avizoran luz para alcanzar nuevos descubrimientos, dos jóvenes casi en la orfandad de la vida temprana se adentran a descubrir el significado de la vida con la inmersión y naufragio en libros del destino.

En una mañana, el gallo canta tan firme su quiquiriquí, quiquiriquí, el cual se repite sin pausa firme, el sol entra por la rendija de la pequeña ventana, e impregna los rostros de los jóvenes Martín Eulises y su amigo Juan Gerónimo, es el anuncio de ponerse en pie, como si se tratase del vástago de una planta que debe hacerse recto ante los cambios climáticos, los jóvenes toman café en dos viejas tazas regaladas por Don Romuldo, su fiel compañero y amigo, y pasan a comer parte del pan que les regalaba por las noches Cirineo cuando le ayudaban a cerrar las puertas frágiles de su vieja bodega, puertas que con el ploc ploc, exigían dar un esfuerzo adicional, semejante a la vida que supera obstáculos y traspasa barreras.

Ya de pie saliendo de la casa improvisada rumbo a la escuela, se ve en la puerta a Don Romuldo viejo amigo, con una cara sonriente y un mensaje en sus ojos de nostalgia y melancolía por el esfuerzo inundo de los jóvenes órfanos, estos le ripostan con un: Buenos Días, ante lo cual el viejecito con sus manos genera un gesto de aprobación complacida, se trata de una experiencia de caminantes que no vinieron juntos al mundo fueron juntados en la carrera incierta del destino.

Llegó la tarde sombría después de aquella sublime tarea, el momento de retornar a la casa de la falda del árbol, para cerrar momentos primarios, y abrir compás a capítulos estelares del destino, se dio, pasaron a disponerse, a poner

El Heredero de la Tierra Prometida

los libros en el viejo estante desgastado por el tiempo, pero que no escondía ser el guardián de un tesoro indescriptible, siendo antesala del periplo a la plaza dejando atrás la vieja escuela, la bodega de Cirineo y la casa de Don Romuldo que en línea separaban a la casa improvisada de aquella plaza de tantas repetidas experiencias y vivencias de la existencia.

Una noche Martín Eulises se había quedado más atrasado en la bodega de Cirineo, Juan Gerónimo y Cazador le habían tomado delantera como de una hora hacia la casa de la falda del árbol, al acercarse muy rápidamente a la casa Martín Eulises notó un ambiente distinto, la puerta estaba abierta, no sentía los ladridos de su fiel amigo cazador, ni admiraba el silbido cómplice de Juan Gerónimo recibéndole, algo pasó dos compañeros del destino habían emprendido un viaje sin retorno, no han dejado señal, huella o muestra de su decisión o desatino, el hermético silencio le hacía a Martín Eulises ser parte de un vaivén e imaginar tantas rarezas inexplicables ante el nuevo abandono de dos compañeros fieles del camino.

El joven desconsolado y desconcertado sintió su corazón latir, tan fuerte como el estruendo de un trueno sin calmar su rugido, sus piernas parecían más dinámicas que una polea moviéndose en su fulcro, su rostro asemejaba la palidez de un invierno prolongado y oscuro, así corrió a casa de Don Romuldo tratando de descifrar este nuevo acertijo del destino, asumiendo a la existencia como un compás que se abre y cierra tan impreciso como las figuras que pinta.

Al abrir la puerta Don Romuldo recibe a Martín Eulises, ya su rostro delataba un sentimiento encontrado, el viejecito ante las señas de la mirada le consultó: Martín Eulises cuál ha sido la desventura que hoy quebranta la plenitud de esta noche sombría, a lo cual Martín Eulises no titubeó y respondiendo con movimientos en su cabeza, le atestó: Mis compañeros del destino, mis hacedores de vivencias Juan Gerónimo y Cazador han partido, sin dejar huellas de su posible destino, al decir esto reinó un silencio de mutismo profundo, la puerta se cerró con la fuerza de la brisa, las aves subieron el tono en un raz raz que a todos

El Heredero de la Tierra Prometida

conmovía, sentían como un mensaje: vivir la existencia es como un enigma, un laberinto de caminos, es como una locomotora de la cual muchos suben o bajan sin saber el cuándo y el dónde.

Aquel viaje sin retorno de Juan Gerónimo y Cazador, se transformaba en un periplo vacío para Martin Eulises quien en su paso dentro de la casa a la falda del árbol, y en su tranvía de la casa a la vieja plaza de pulir zapatos, sentía un vaivén de existencias y ausencias, asimilaba la frase de su padre de la vieja laguna que laceraba sin olvido su frágil mente de orfandad temprana: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, significaba esto en la mente de aquel joven una secuela reflexiva de que hay cosas no definitivas, que se pensaron terminadas y eternas, como el ejemplo de la relación fraterna con Juan Gerónimo y Cazador, pero al vivir la experiencia se da cuenta que el destino es un arcano agri dulce que hay que vivirlo para entenderlo, en definitiva la existencia realmente es incierta sólo al vivirlo la hacemos posible.

Ahora Martin Eulises yace solo en su casa, sólo la circunstancial compañía de Don Romuldo y sus vivencias de escuela dan trama secuenta a su vida, y aunque después de pulir zapatos trató de dirigirse a varios lugares próximos y cercanos de Pueblo Encantado, noticias de su amigo Juan Gerónimo y de Cazador, no fueron posibles, han pasado días, semanas y meses, nadie ha visto al errante que ha huido con su perro guardián, parece que aquella experiencia es la esquila de un viaje sin retorno que de manera infausta marca la vida de Martin Eulises quien apesadumbrado en las noches solitarias, en el hermetismo de una luna compañera trata de contar estrellas y unirlas buscando responder a nuevos enigmas de un destino incierto y colmado de vaivenes aparentes e incomprensibles.

Las tardes de Martin Eulises terminadas sus travesías de pulir zapatos, pasar por la esquina de la vieja iglesia, ver la bodega de Cirineo, y la casa del viejo Don Romuldo, eran un pasaje de un viaje emotivo y anímico, el cual suponía recordar minuto a minuto los días de paseo junto a su amigo Juan Gerónimo y

El Heredero de la Tierra Prometida

Cazador su fiel compañero, la frágil melancolía, la añoranza de un amigo ausente, marcan momentos significativos, de un compañerismo hoy vacío, de la amistad ausente, que sustituían aquella secuela de una orfandad temprana. Aquel vacío significó presencia de sentimientos encontrados, de un viajero sin compañeros que tomaron otros rumbos sin retornos, al menos en confines aún desconocidos.

En una noche muy lluviosa, cuando la brisa melodiosa golpeaba las ventanas, había un ploc ploc, tan fuerte como una acampada, y el graznar raz raz de aves cantarinas, cuando aquel viaje sin retorno de Juan Gerónimo y Cazador en la presencia, marcaba el ánimo y emoción de Martin Eulises, lo cual le llevó a empezar a escribir en un pedazo de papel aquella frase lapidaria regalada por su padre en la estadía cercana a aquella laguna: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible.

En su mente recordaba la ausencia física y moral de sus padres Doña Ruperta y Don Carlos, junto al nuevo abandono más moral de su amigo Juan Gerónimo y su fiel Cazador, lo cual empezó a darle a aquella frase algún significado, la vida es una encrucijada, concierto y desconcierto de momentos, sólo cuando vivimos aprendemos y entendemos que hemos vivido, todo es incierto, es como el arcano de la luna, pero sólo basta conocer el sol para pensar que algo tímidamente cierto comienza a hacerse posible.

De aquel sentido momento han pasado años, la noticia del paradero de Juan Gerónimo y Cazador no ha sido posible, el viaje sin retorno, no sólo significa la no presencia de aquellos amigos, significó algo más para Martin Eulises el no volver a aquella vivencia del trío que marcó sus momentos más jóvenes y que vio florecer la vida ante la orfandad temprana de un hogar ausente.

Un día Martin Eulises viendo a Don Romuldo le atestó: Cuanto añoro la vida aquella, la que mis fieles amigos me compartían, cuanta melancolía me embarga el no volver a esa travesía. El viejo Don Romuldo que aún le acompañaba, le contaba de una experiencia de cuando de Joven la mujer amor de su vida tomó destino lejano y dejando dos cartas junto a un candelabro, le aguardó la incerteza

El Heredero de la Tierra Prometida

de su presencia que colmó muchos pasajes de su destino, así dos interlocutores se impregnaban de experiencias parecidas, huellas lacerantes de que la vida es un vaivén, es un agrídulce que cambia como el paso de la luna llena a un sol radiante y cautivo.

Se acercaban tardes sombrías, la soledad de Martín Eulises en aquella casa de la falda de un árbol, sólo se ajuntaba a ratos con la proximidad de Don Romuldo el viejo de la escuela y Cirineo el de la Bodega cuyas puertas ayudaba a cerrar en el día a día, el viaje sin retorno de su infaltable amigo y perro fiel, lo complementaban esos dos amigos y una naturaleza que alojaba aún añoranzas de su vida de niño al lado de su padre Don Carlos en el Hato los Girasoles donde aquella infancia de sello paterno marco parte de ese trabajo del pulidor de zapatos y del joven orfano dedicado a una escuela con apoyo del viejo Don Romuldo.

El viaje sin retorno no suponía ya la ausencia de personas, sino la falta de vivencias de sentimientos que se ausentaban y hacían del drama de Martín Eulises una experiencia única, en la cual develar misterios era la tarea de vivir plano el día a día, después de reflexionar decidió un día visitar aquella laguna surcada tiempo atrás con su padre Don Carlos, quería que fuese la naturaleza quien confirmase el sentido de tan sublime frase que acaparó su vida y que hoy le cobijaba en este viaje sin retorno hecho de vida y sentimientos por la ausencia de sus amigos y padres amados.

Llegó el camino se le parecía como estar en una película que repetía, le acometía en su mente y corazón la manta junto a su padre en la cual le comentaba aquella frase cautiva, recordar el paseo en canoa y aquellas palabras dichas, eran como un viaje sin retorno, pues los sentimientos quedaban puros pero los dos actores ya no estaban presentes.

La laguna degradaba más al sol ferviente, y el paisaje se componía dando riendas a esa reflexión de evocar la frase ferviente: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, esto lo conectó con su melancolía del viaje sin retorno de sus padres, de su amigo Juan Gerónimo y su perro Cazador, por lo cual

El Heredero de la Tierra Prometida

pensó: en el destino muchos van y vienen, el camino sólo lo hacemos posible, debemos vivir el hoy y el ahora, pues el mañana es como el músico que puede desafinar y el ave que puede alterar la melodía de un concierto, en un momento impreciso.

Parecía que aquel viaje sin retorno de muchos que andaban y ya no están, se transformaba en ese vaivén de sentimientos asiduos colmados por la laguna cómplice y compañera, el sol y la brisa comenzaron a moverse con la fuerza de un mensaje, de una señal más posible, la existencia es tan frágil, lo importante en esencia son ratos y momentos, el saber vivirlos.

De repente en este viaje sin retorno de reflexión y melancolía en la tarde de la laguna, se acerca Cirineo el bodeguero sus pasos se oían plas plas firmes, de repente un ave cantarina anuncio que alguien o algo se movía en la maleza de la naturaleza hasta que por fin Martin Eulises logró avistar a Cirineo, entendió que el viaje sin retorno no es eterno, hay caminos que se pierden y a lo lejano pueden reencontrarse, quizás lo que se desvanezcan sean los sentimientos que no retornan cuando faltando vivencias cambian de contenido.

Al acercarse Cirineo asolapado por el sol radiante y con mirada cansada de recorrer a pie leguas de camino, vio a la humanidad de Martin Eulises cercano a aquella laguna, y le atestó: Amigo del destino, que os apesumbra, es que acaso te reencuentras con sentimientos, o es que acaso hay lugares a los cuales retornas en presencia pero aún se ausentan o acomplejan tus sentimientos. Al oírle Martin Eulises ripostó: Infalible amigo en mi existencia la presencia y la soledad me han enseñado que hay muchos viajes sin retornos, la de quienes se han ido para no volver, de sentimientos que se esparcen cuando no se viven, o de sentimientos que sobreviven cuando viajeros del tiempo no retornan.

Tomaron Martin Eulises y Cirineo periplo a pie a Pueblo Encantado, dejando atrás la laguna briosa, no sapiente de si su viaje sería sin retorno una vez próxima a la vieja laguna, el sol les guiaba, las aves revoloteaban cómplices de llamaradas, la brisa se esparcía cual raudal pregonando en los rostros, en cada peldaño de

El Heredero de la Tierra Prometida

este camino Martin Eulises retornaba físicamente a casa, sin lograr el retorno de algunos efímeros sentimientos, dijo a Cirineo: sé que voy, no sé si vuelvo, la vida hay que vivirla para lograr entenderla, solo sé que viviendo el destino incierto, sólo al vivir lo haré posible, aún las frases lapidarias de Don Carlos cobraban vida en la humanidad de su hijo.

Al llegar al fin del periplo entre la Laguna y Pueblo Encantado, el rapaz Martin Eulises inquieto de un vaivén de presencias ausencias entre vivencias, personas y sentimientos, se interna en su casa a la falda de aquel árbol, ya cercano el ocaso la luna mensaje trata de colmar aquel idilio, aquella añoranza por la vida vivida, hoy ausente, acomplejada por el arcano de tantos momentos a descubrir, haciéndose un vaivén, un concierto que afina y desafina inseguro, pues sólo vivir la vida, hace el destino posible.

El nuevo día de aquel periplo posó en la mente de Martin Eulises algunas remembranzas, mientras tomaba el café, el pan regalado por Cirineo de aquella experiencia diaria de ayudar a cerrar las puertas de su bodega, ya se aprestaba a tomar mochila y retornar a la escuela, cuando de repente en el alba del sol naciente, unos rayos de luz inusuales pregonaron la plenitud de aquel paisaje, sintió Martin Eulises, un mensaje de la infinitud, la ausencia de Doña Ruperta, Don Carlos, Juan Gerónimo y Cazador, son precisamente un reflejo de momentos vividos pero hoy ausentes, de sentimientos más fuertes que no se desvanecen con la llamarada del viento, cuando resisten la fuerza de caminos y se arrastran consigo tras arcanos oscuros hacia nuevas vivencias.

Terminada la faena escolar, vuelto a la casa cercana a la falda del árbol, se apresta el inquieto Joven a tomar su periplo, pasar frente a la escuela, la bodega de Cirineo, la casa de Don Romuldo, la vieja iglesia, para llegar a la plaza de las vivencias del pulidor de zapatos, un viaje diario sin retorno, pues cada nueva experiencia acrecentaba el nuevo arcano de sentimientos, añoranzas, melancolías que hacían de Martin Eulises con cada nueva pulida una persona que maduraba con la avanzada del tiempo.

El Heredero de la Tierra Prometida

Parece mentira ha pasado el tiempo Martin Eulises en su viaje sin retorno por ausencias físicas y sensibles, se apresta a ver otro fin más, el de su formación de escuela, sus amigos le aprecian por afable, humanista, bonachón, servidor y sincero, a pesar de sus limitantes y barreras ha hecho muchos esfuerzos logrando destacarse en mucho camino abonado, parece que la falta de calor moral, no fue el ápice para que el buen árbol diese buen fruto, llegó el día final Martin Eulises, no tenía padres, ni su fiel amigo, ni su perro, todos habían emprendido un melancólico viaje sin retorno, sólo la calurosa compañía de Don Romuldo y Cirineo el bodeguero le daban un sello especial a aquel momento.

Ya con diploma y medalla a la mano, se sellaba el fin de un camino alternado de tardes de plaza puliendo zapatos y una escuela que colmó reticentes en lugar de los vacíos de aquel hogar ausente, los abrazos y apretones de mano entre compañeros y amigos, sembraban un nuevo viaje sin retorno, muchos se irían a tierras lejanas, atrás quedaron momentos, palabras, vivencias grabadas, ahora marcadas por nuevos viajes sin retorno del destino pues sus actores surcarán nuevos horizontes y caminos sin saber si habrá o no reencuentro de la vida misma.

Queda ya Martin Eulises con un logro de vida, con vivencias, añoranzas, melancolías, con la compañía tenue de Don Romuldo, Cirineo, y aquellos ambulantes desconocidos en la Plaza de Pulir zapatos, con la secuela de ausencias físicas y emocionales, que en cada vaivén del destino marcaron al joven con valores, sentimientos, dándole una esquila del antes y el mañana, un horizonte seguro y a veces inseguro de como en un traspíe de un viaje sin retorno se puede vivir la vida.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO IV

LA ESTANCIA DE UN IDILIO DE PRIMAVERA

Han pasado meses de aquel encuentro y desencuentro de un viaje sin retorno, experiencias van y vienen, Martin Eulises continua la vida, es como si la brisa cambiase por quietud, y el sol vago fuese despojado por la luna mendiga, se acercaba la primavera en Pueblo Encantado las flores se tornaban con mayor florecencia, era momento en el cual muchos iban y venían a la zona tras experiencias acumuladas y por vivir, de Juan Gerónimo y Cazador ninguna buena nueva se ha conocido, pareciese que la luna ha consumido las estrellas sin permitirles retornar su brillo.

No pasó largo tiempo, de aquel viaje sin retorno del fin de la vida escolar de Martin Eulises cuando Cirineo y Don Romuldo invitaban al joven a acompañarles al Hato la Zarzuela, la llegada de la señorita María Valentina de Paris era motivo de fiesta, y aún cuando Martin Eulises persistía en aquel melancólico viaje sin retorno emotivo y sensible por la ausencia de sus amigos, padres amados y compañeros de estudio decidió acercarse a aquel lugar sin saber lo que el destino le propondría.

Temprano Don Romuldo y Cirineo juntos en la bodega habían planeado aquel venturoso paseo para permitirle a Martin Eulises conocer nuevas andanzas del destino, caída la tarde con la bajada impetuosa del sol, tomaron caballo los tres peregrinos, los pasos rugientes deslastraban el polvo cuando el recorrido de Pueblo Encantado al Hato la Zarzuela se producía, la brisa siempre cómplice, y el graznar de las aves marcaban el inicio de un antes y después para la vida de un joven que buscaba superar los desencuentros físicos y emotivos de un viaje sin retorno.

Llegando a las puertas del Hato la Zarzuela, les recibía un viejo llamado Jacinto, muchos decían que venía de otras tierras pero que su fuerza jornalera le había hecho mantenerse firme, bajo Don Romuldo del Caballo, el cual rugió al atar

El Heredero de la Tierra Prometida

su cabrizo a la madera de un potrero, con voz cabizbaja atestó a Jacinto: Cómo esta buen señor, nos honra visitar y rendir gratitud a sus Jefes ante la llegada de la señorita María Valentina, el viejo Jacinto ripostó: Sean bienvenidos justos señores en vuestra morada hay cabida para tan gentiles amigos. Al llegar al patio yacía cercana a un sillón movable la humanidad de María Valentina, era una mujer de tez clara, ojos pardos semejantes a dos luceros en luna llena, con un carmesí de labios tan cromático como el firmamento, la mirada del joven Martin Eulises quedó atrapada por la tez de aquella desconocida, parecían dos miradas cómplices que se intercalaban en un frondoso camino, como si la luna y el sol se confundieran en su transe.

El viejo Jacinto acercó a los tres visitantes: Don Romuldo, Cirineo y Martin Eulises a la presencia de la señorita, la cortesía de estrechar manos y de palabras suaves como la aroma de los ángeles sellaron aquel momento, el joven con voz quebrantada indicó: Bienvenida señorita es un honor conocerla, ella tímida con ojos tan idos como los luceros cuando cambia la madrugada por el nuevo día, sonrió, y con voz entrecortada respondió: gracias por venir, la lejanía me ha hecho llegar y conocer nuevos caminos, quizás, Martin Eulises por un momento en su remembranza recordó las palabras de su padre Don Carlos: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible y pensó que la vida era como la locomotora del tiempo muchos van y vienen, cada persona y vivencia es una oportunidad de hacer existencia de un destino posible, hay viajes sin retorno, y también nuevos pasajeros del destino, todo esto vagó en su mente cautiva.

Pasaba cuestión de horas cuando aquellos jóvenes se disponían a pasear por un pequeño jardín cercano a una minúscula laguna detrás del Hato la Zarzuela, cuando de repente la brisa radiante pregona de forma singular, el sol en un vaivén aclara y se hacía tenue, a la vez las aves graznaban al raz raz, el camino cercano a la laguna se revoloteaba con las flores radiantes de primavera, Martin Eulises cortés y atento, permitió a la señorita sentarse en un banco de árboles cercano, ella María Valentina empezó a hablarle de sus experiencias en

El Heredero de la Tierra Prometida

Paris, le comentó: Esa lejanía lleno de muchas vivencias, pero había un vacío sensible que sólo estaba segura colmaría en esta tierra, él pensó a voz baja, la frase de su padre el destino es incierto hay que vivirlo, luego Martin Eulises respondió: La vida para mí ha sido muy variada la ausencia de mis padres, el viaje sin retorno de mi amigo Juan Gerónimo y Cazador, me han permitido refugiarme en los encuentros que me da el propio destino.

Horas de conversa se dieron hasta que la noche caía tan frágil, con una luna primaveral única en lo radiante, los dos jóvenes vieron de la vida un viaje de encuentros y desencuentros, que se colmaba con dos extraños que se hacían conocidos en una primavera única, la cual daría inicio a un idilio tan florecido como la fuerza de la propia primavera fecunda. La voz de Don Romuldo yacía cercana anunciaba a Martin Eulises la hora de la partida, aquella interrupción significó una primera separación de dos rostros y sentimientos que se comunicaban desde una primera impresión de vida.

La lejanía de aquella primera despedida parecía como el frío entregado que apaciguaba un calor primario de aquella verdadera velada florecida, caminaban Martin Eulises y Don Romuldo a la puerta para buscar sus caballos, Cirineo ya estaba a la puerta, mientras las miradas de Martin Eulises y María Valentina, fingían un hasta pronto cuando a la verdad las mentes no querían desvanecer aquella primera impresión de tanta memorable convivencia.

El retorno a Pueblo Encantado, de los tres viajeros a caballos, significa una conversación permanente de Don Romuldo y Cirineo, en tanto el hermético silencio de Martin Eulises se transformaba en hondo pensamiento y reflexión dando esencia a aquel momento de su vida, vio en aquella señorita a una flor genuina, llena de viajes y mundo, pero carente de sentimientos que tan lejanos no se sentían, pensó que esa coincidencia era parte de una química natural que le hacía presentir que muchas vivencias conectadas pronto se darían, parecían aguas de dos ríos confluyendo haciéndose juntas de un color más cristalino.

Al llegar a Pueblo Encantado Don Romuldo dejó su caballo y preguntó al

El Heredero de la Tierra Prometida

mutista Martin Eulises que le acontecía, no vaciló en cuestionarle: De seguro te ha impresionado la Joven María Valentina, ha sido su beldad de la flor de un jardín la que se ha adueñado de tu silencio, a lo cual un cabizbajo Martin Eulises ripostó: No sólo las flores tienen color, también llevan por dentro una esencia que les da más fuerza de vida, Don Romuldo quedó atónito y sorprendido de aquellas palabras, pensó que su amigo había visto más que la apariencia estética de alguien, lo cual le demostró la entereza de su joven amigo.

Llegó el día siguiente, otra alba de primavera, Martin Eulises apresuró su mirada hacia un pequeño jardín que estaba detrás de su escuela de infancia y adolescencia, en cada flor sentía la presencia de María Valentina, una beldad que florecía con el sol tenue y cómplice con la brisa melodiosa testigo del florecer de un valeroso capullo, sintió una mezcla de aquella comparación suya con la frase de su padre Don Carlos de la vieja laguna: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, pensó quizás en ser como el río y el abono que debería abonar esa flor con lo más puro de los sentimientos para tratar de vivir y hacer del destino lo cierto posible.

Siendo primavera ya no había la escuela de aquella infancia y adolescencia, sólo le quedaba esperar emprender otra etapa de su formación de vida, obtener respuestas de muchos laberintos aún abiertos del destino, tomó como de costumbre su camino a la plaza de pulir los zapatos, la rutina que aprendió en su día a día, pero en este periplo la emoción y el pensamiento ya no solo era añorar a Don Carlos, Doña Ruperta, Juan Gerónimo y Cazador, era hacerse expectativas de esa oportunidad de un nuevo camino al tratar de descubrir experiencias al lado de la dulce flor la señorita María Valentina.

Estando en la plaza en su faena, venía entrando al pueblo el viejo Jacinto acompañado de la Señorita María Valentina, por algún momento Martin Eulises sentía temor de la impresión de aquella preciada conocida al verse desempeñarse en esa su rutina de vida, pero recordó la frase de su padre y pensó que la vida es lo que se vive, y que sólo el destino, aceptar lo distinto podría exigirse si la fuerza

El Heredero de la Tierra Prometida

de los sentimientos son como la roca más firme que no se erosiona ni desgasta con la fuerza de la lluvia o el tiempo.

Ella pasó frente a él, este con su rostro tembloroso y cabizbajo le comentó: Cómo esta, hoy dedicándome a lo que hecho siempre, ella puso un rostro de sonrisa tierna, y de seguidas le contestó: Que bueno eres artista de limpiar lo que parece oscuro, él al final de esas palabras cambio su rostro de preocupación y relajando su faz le regalo una templada sonrisa, él se levantó y comenzó a caminar junto a ella hasta lograr sentarse en un viejo banco de aquella plaza, mientras las aves se revoloteaban por el piso.

Mientras el viejo Jacinto hacia compras en la bodega de Cirineo, y Don Romuldo le acompañaba, se fundían en una conversación María Valentina y Martin Eulises, el sol se hacía cómplice de aquella relación que comenzaba a tomar un color más fuerte, la brisa se detuvo por instantes, mientras Martin Eulises le comentaba a María Valentina de su orfandad y su vivencia en la cual de ratos se dedicaba a pulir zapatos, pero que esperaba el fin de primavera para adentrarse en una universidad muy cercana a la provincia de Pueblo Encantado, ella le decía que no tenía certeza de continuar sus estudios en la región o volver a Europa, al oír estas palabras el rostro de Martin Eulises cambio de una radiante sonrisa a un rostro entristecido y melancólico, parecía que el sol se apaciguaba con una lluvia imprevista, quizás pensó que otro viaje sin retorno se produciría el cual truncaría una experiencia que ya tomaba un vistoso color de vida.

El ritmo del corazón de Martin Eulises ante aquella confesión comenzó a latir, se asemejaba a las flores que cuando opaca el sol doblan sus vástagos con sensación de adormecimiento, Martin Eulises pensó en la tan repetida frase de su padre y asumió la vida es incierta hasta que se vive, reflexionó la experiencia con María Valentina, puede ser quizás efímera como otra circunstancia del destino, ante el hondo silencio del joven la señorita María Valentina agregó: De todas formas no hay premura faltan quizás 4 meses para cualquier viaje a Europa aún tendré días por acá, estas últimas palabras condujeron a un Martin Eulises que

El Heredero de la Tierra Prometida

cambiaba cara de tristeza por relativa alegría, era como si la lluvia se sustituyera por el sol nuevamente permitiendo respirar aire puro para tomar otra experiencia de vida, en ese momento el destino incierto era como una bomba de tiempo que le exigiría a Martin Eulises vivir las experiencias que se pudiesen dar según las posibilidades del destino incierto.

Se acercó el viejo Jacinto y entrecorto la conversación de Martin Eulises y María Valentina, recordándole de su retorno al Hato Zarzuela, el joven mientras el viejo subía al Caballo, le pidió a la señorita verse para conversar en la Laguna que estaba detrás de su Hato el día siguiente por la tarde, ella le respondió con su mirada fija y frágil que aceptaría, antes de irse él tomó algunas de las flores que estaban en un jardín detrás del banco en el cual estaban sentados entregándoselas a ella, la cual respondió con un guiño de ojos, luego se alejaba para tomar su caballo de retorno a su casa.

De seguidas Martin Eulises, se dispuso a terminar su estadía en la plaza, la faena de pulir zapatos terminaba con un dilema, en el cual la frase de su padre volvía a tener sentido, el destino es incierto hay que vivirlo, una mezcla de alegría y frágil melancolía colmo ese instante del joven inquieto, el posible encuentro del día siguiente con María Valentina le animaba y entusiasmaba, mientras el temor de su posible retorno a Europa, le hacía sentirse tan hundido en una tristeza como le ocurrió cuando se dio el viaje sin retorno tras la ausencia de Doña Ruperta, Don Carlos, Juan Gerónimo y Cazador, el destino hay que vivirlo en el hoy y ahora, el mañana no lo sabré si no lo he vivido pensó aquel joven.

El retornar por la iglesia, la Bodega de Cirineo, la casa de Don Romuldo, la escuela y llegar hasta su casa a la falda de un árbol, se convertía en un periplo desconocido de vaivenes que se dejaban entrever en la mente de un joven inquieto, ante la sombra de la duda de la relación con María Valentina; pasó aquella noche centrado viendo las luminosas estrellas e imaginándose en un vitral dos destinos, el de más posibles experiencias, o el de un recuerdo de primavera un idilio más que quedaría grabado como una bonita vivencia, de dos personas

El Heredero de la Tierra Prometida

que como dos aguas podían tomar caminos distintos ante los albores de aún arcanos desconocidos.

Amaneció tan temprano como el despertar de Martin Eulises, el gallo hoy canto más fuerte y largo a como de costumbre, quiquiriquí quiquiriquí, la brisa no vaciló en golpear la rendija de la ventana de la casa en la falda de aquel árbol, al asomarse por la ventana vio a las flores amanecer con colores más vivos, supuso un mensaje del destino, la nueva tarde de primavera será la posibilidad de descubrir una vivencia, y adormecer el temor de una posible separación hacia Europa de su preciada posible amante.

Al salir a tomar el caballo, Don Romuldo cruzó su mirada con un inquieto Martin Eulises, le atestó: algo te hace sonreír hoy estas tan verduoso como el árbol detrás de tu casa, el joven contestó: Hoy quizás las flores tengan más beldad y florecencia, descubriéndose el brillo de sus pétalos, el viejo pensó en la metáfora de aquel jovenzuelo, y este último por dentro simbolizaba en esa flor a su María Valentina, pensó que palabras y sentimientos correspondidos puros y castos le permitirían develar un jardín hecho vida con un sol y brisa de testigos de aquella experiencia, de seguidas el joven sonrió y el viejo con una taza de café en una mano colocó la otra en la cabeza del muchacho arengándole a seguir su camino.

Montó rápido a caballo Martin Eulises comenzó a trajinar su recorrido, las pisadas de su caballo pasitrotero se hacían ritmo que levantaba el polvoriento camino, las flores que hacían pasillos y árboles se daban con más fuerza verdosa a su paso, el viento iba y venía el recorrido le hacía pensar que la experiencia de ese idilio de primavera felizmente se concretaría.

Al llegar a la laguna, la joven María Valentina, se encontraba sentada en el banco de troncos arbóreos, tenía una radiante flor cercana a su cabellera, las flores del jardín se abrían con florecencia, la laguna degradaba a un sol en un vaivén constante, Martin Eulises bajo del caballo su corazón latía con la intensidad del viento, al verle María Valentina salió corriendo y le preguntó: Pensé que no vendrías y él le contestó: el camino se hizo largo pero las ganas de verle

El Heredero de la Tierra Prometida

no se terminan, el brillo de sus ojos es tan fuerte como el sol y la luna que cautivan, ella al oírle suspiró y soltó una sonrisa de agrado ante aquellas palabras transformadas en música para sus oídos.

El caminó a su lado, en un trecho cercano, ella le miró firmemente, como si con su gesto cómplice le correspondía, él en un momento se acercó y le dio un beso tierno cercano a la mejilla, ese instante de comunicación permitió enlazar aquel idilio de primavera, el cual siguió con palabras efusivas dichas de él hacia ella que se completaba con largas sonrisas tan fuertes que ni el ruido de las aves cantarías regalarían mutismo posible.

El joven Martin Eulises y su preciada María Valentina, fueron testigos en aquella tarde cercana a la laguna del verdor de un idilio de primavera, el cual tenía tras sí la sombra de un posible viaje sin retorno de ella a Europa para emprender estudios universitarios, lo cual podría hacer quedar aquel sentido como una simple remembranza de un idilio de primavera, por lo cual ellos sabían que el tiempo podía jugar en contra, que el destino puede ser incierto, y que vivir esta primavera pasase lo que fuera era un regalo de la vida que no se podía en ningún sentido desaprovechar en vano, aun cuando no se sabría si la fragilidad de los sentimientos pudiesen aguantar posibles desencuentros aupados por las propias remadas del incierto destino.

El paso de tarde a noche, la hora de despedida con un beso cándido y puro sello un idilio de primavera caminando en la firmeza de vivir el ahora, pero en lo incierto de un viaje de ella a la lejanía que podría significar una separación forzosa ante las trampas que pueden ser impuestas por un recorrido del destino, antes de dormir y contemplar aquellas estrellas por la rendija de su ventana, Martin Eulises recordó la frase lapidaria de su padre: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo, aún le apesumbra el cruce de dos caminos, continuar abonando el jardín de la vida junto a María Valentina o el posible viaje sin retorno de esta que podría marcar más huellas de su destino.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO V

LA UNIVERSIDAD DE LOS LIBROS Y LA VIDA

Han pasado dos meses de la tarde de aquel idilio de primavera entre Martin Eulises y María Valentina, las continuadas visitas a la laguna aquella, y al pueblo han hecho madurar una relación sensible entre los actores del destino, ya él se apresta a ingresar a una universidad la cual sólo se encuentra a un par de horas de Pueblo Encantado, en tanto ella aún no tiene certeza de la definición del destino entre continuar en el pueblo o retornar a Europa.

Era el primer día de una vida universitaria para Martin Eulises, un joven inquieto, apasionado, temeroso y ansioso de descubrir, los días de pulir zapatos en la vieja plaza estaban quedando atrás ante las nuevas acampadas del tiempo, aquella primera mañana Don Romuldo como de costumbre le saludo con la taza de café, luego pasó el joven por la bodega de Cirineo a despedirse y a decirle que hoy no estaría tan temprano para cerrar en la noche taciturna las puertas de su bodega.

Con foto en mano de María Valentina y recordando la frase de Don Carlos: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, se soltó a caballo a dos horas para llegar a una Universidad en la cual estudiaría medicina, sus años al lado de su padre Don Carlos lo habían impactado, le motivarían a asumir una vocación de servir para salvar vidas, parecía que las secuelas de una melancólica separación de su padre el confidente de la laguna le habían marcado de una forma peculiar, tan hondo, como una laguna profunda.

Al llegar a aquel lugar notó la presencia de muchas personas, tan distintas e iguales a las pocas conocidas en Pueblo Encantado, logró hacer cercanía con un muchacho de un pueblo intermedio entre Pueblo Encantado y la Universidad llamado Raúl Sanoja, hijo de unos inmigrantes también colonos españoles, recordó la vida es una locomotora unos van y otros vienen, cada personaje que aparece en el tiempo se hace eco de una experiencia posible, después de aquella

El Heredero de la Tierra Prometida

larga faena, los nuevos amigos se adentraban a tomar retorno, Martin Eulises no vaciló en contarle la historia de su orfandad temprana, del amor primaveral pero también del destino incierto con María Valentina, juntos a caballo vieron la tarde mutarse con un sol que poco a poco caía en la ladera de las montañas, y las aves cómplices con su graznado gras gras acompañaban el recorrido de dos forasteros hacia su tierra próxima.

Ya han pasado casi dos meses de aquel inicio de vida universitaria de Martin Eulises, los vaivenes junto a Raúl Sanoja le han hecho convertirse en poco tiempo en buenos amigos, las idas a la universidad se han intercalado con visitas a escondidas en la laguna detrás del Hato la Zarzuela a María Valentina con quien el amor primaveral ha florecido como la beldad de una flor que por ninguna acampada silente se marchita, ella una noche de fin de Mayo, le ha dicho temerosa que el día siguiente llegaría una carta esperada, la cual podría anunciar su retorno para realizar estudios de arquitectura amplia en Paris, Europa según el capricho de su madre, quien no vacilaba en ordenarle la vida a su propia hija.

Después de una mezcla de risas y llantos por la inquietud de aquella carta, los dos jóvenes se despedían, él se alejaba con un sabor melancólico, el cual se acompañó con la lluvia inusitada de aquella noche sentida, la brisa se movió en una maraña única, el corazón de Martin Eulises latía, y sus piernas un tanto intranquilas le hicieron pensar que aquel viaje sin retorno se daría, que los días de una primavera de felicidad junto a María Valentina podrían tener un temprano fin.

Esa majestuosa noche, se hizo tan larga que Martin Eulises no podía cerrar sus ojos, parecían búhos que no duermen en la noche oscura, teniendo ansiedad de conocer la letra de aquella infausta carta que podría marcar su felicidad, por su parte María Valentina desde su ventana veía caer una lluvia bravía parecía que el cielo presentía y lloraba la posible acontecida, era la expresión melancólica ante un amor primaveral que podría truncarse por los laberintos del destino.

El amanecer parecía más tímido que la noche oscura, el gallo cantó más fuerte, pero con ronquido de su voz denotaba el melancólico idilio de un Martin

El Heredero de la Tierra Prometida

Eulises esperando percibir mensajes, miró por su ventana, las flores parecían dormidas con un sol más opaco a lo acostumbrado, eran señales de un destino que parecía ya escrito, sólo al abrir aquella carta mucho quedaría dicho, lo cual ya parecía crónica anunciada, apesadumbrado Martin Eulises tomó su café, al salir a la puerta Don Romuldo vio a un joven perplejo, ensombrecido con un rostro pálido y más frágil que de costumbre, ante esa rareza le preguntó: Que le pasa hoy el sol lo ves distinto, Martin Eulises le respondió: Mi padre me dijo una vez que el destino era incierto, esa ansiedad del destino hoy no me hace estar muy despierto, pues mis sentimientos se sienten apesadumbrados, el viejo y el joven caminaron hasta el caballo, con una despedida de un pesar profundo que sólo algunas ramas cayendo de árboles acompañaban junto aullidos de aves que se denotaban confusas.

En el viaje hacia la universidad al reencontrarse con Raúl Sanoja, este no paraba de hablar pero un extraño Martin Eulises mostraba mutismo, parecía como si el sol se quedaba sin brillo ni retorno posible, en un instante Raúl Sanoja le replica al distraído Martin Eulises sobre la queja de su silencioso lamento, de su mirada ausente como el sol que no se presenció en aquel recorrido, después de segundos su amigo le imploró su apoyo ante la posible partida de María Valentina a Europa, y su temor de un nuevo viaje sin retorno como el de Doña Ruperta, Don Carlos, Juan Gerónimo y Cazador, su amigo le respondía con sus consejos, pero el joven con mirada ida, semejante a luz que se apaga, en mutismo aún parecía desatenderle, Martin Eulises llegó a la Universidad aun cuando muchos hablaban el silencio extraño de aquel joven inquieto e intrépido asombró a todos en el recinto, nadie más que Raúl Sanoja se atrevió a consultarle de aquello.

Parecía mentira como en la Universidad de los libros el inquieto estaba tan ausente y en la Universidad de la vida estaba tan desconcertado e incierto como el posible mensaje de la carta esperada por María Valentina, su viaje de retorno con Raúl Sanoja fue signado con un sol pálido, una sabana más sombría y el mutismo anormal de las aves cantarina, sólo al llegar a su puerta de la casa en

El Heredero de la Tierra Prometida

la falda del árbol en Pueblo Encantado, un ave encendió un sol que pálido se hacía un poco tibio, la incerteza impregno aquello.

El reloj en su tic tac contaba los segundos, minutos de horas para que el encuentro de Martin Eulises y María Valentina pudiese tener con la lectura de aquella carta un mensaje del destino, las gotas de agua que se destilaban en una vasija detrás de aquella casa comenzaron a sonar tan rápidas que parecía como si el destino apresurado quería darle respuesta a un enigma, llegó la noche Martin Eulises corrió a caballo a la laguna del Hato la Zarzuela, estuvo quizás 10 minutos en el banco arbóreo en el que días atrás compartía alegrías, esperando, hasta que muy lenta se veía a lo lejos la humanidad de María Valentina, traía un velo en su rostro, sólo al llegar las lágrimas en sus ojos avisaban a su descubridor las palabras de la carta del destino, sus ojos parecían cataratas de aguas cayendo sin detenerse, el viaje a Europa era un hecho, la joven María Valentina, le comentó al joven no lograr convencer a su madre de aquella decisión que truncaba un amor de primavera y que le generaba a Martin Eulises el nuevo sin sabor de un viaje sin retorno en la flor de aquel su amor de primavera.

Dos largas horas mezclando besos y llanto parecían más colmadas de agua que aquella laguna que les acompañaba, ella le indico a él que el viaje sería en un par de días, saldría un barco de un puerto ubicado a tres horas al oeste de Pueblo Encantado, y que su retorno era tan incierto como la fuerza del quererse quedar y no irse a aquel lugar lleno de vanidad pero vacío de sentimientos queriendo no dejar un idilio primaveral verdadero.

Aquella primera despedida fue el agridulce de una noche oscura, la laguna quedó mutada de aquellos sentimientos, los dos seres amorosos se despedían, ella regresaba a su casa, el montando a caballo sentía que sus ojos ardían de querer llorar como cuando las nubes se sueltan sin riendas fijas, el recorrido se hizo cómplice de aquel idilio melancólico, pues aves cantaban roncas y ya cerca de casa la lluvia cayó, el joven bajo del caballo, entremezclo sus manos en la tierra y soltó el llanto reprimido en aquel camino, otra vez el destino le jugaba otra

El Heredero de la Tierra Prometida

pasada a Martin Eulises, Don Romuldo que estaba cerca lo vio, tomo una manta lo cubrió, y juntos entraron a la casa de la falda de aquel arbusto.

El joven y el anciano estaban emparamados de aquella lluvia, y degustando una taza de café, el primero contaba al segundo la experiencia de vida con María Valentina y como el destino le colocaba tantos viajes sin retornos con sus allegados, el viejo exclamó, la vida es cambiante muchos pasajeros del destino van y vienen en travesía, a lo cual ripostó Martin Eulises la frase de su padre: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, sintió que vivir un idilio primaveral sería una huella y que ahora debía luchar con la distancia de su amada la fuerza de sus sentimientos, para compensar la crudeza de su destino.

Fueron horas de palabras cruzadas y de ánimo para aquel joven profundamente conmovido, y aunque Don Romuldo se retiró, la noche melancólica seguía a Martin Eulises, este no lograba cerrar la incredulidad de sus ojos de ver como una historia de ausencia podía repetirse, sus ojos eran semejantes a las cabeceras de un rio que no se cierran cuando la estampida del agua llega y sigue moviéndose infinita.

La noche tan larga se acomplejó de una mañana vacía, el joven Martin Eulises no emprendió su salida a buscar a Raúl Sanoja para adentrarse a su universidad, prefirió quedarse en casa contemplando en la infinitud del firmamento como tratando de buscar en el sol y las nubes respuestas a sus angustias e inquietudes, con un sol que venía de fuerte a pálido pareciendo anunciar que muchas incertezas se disponían en el camino.

Quiso pasar el día en casa tan solitario, como su idilio primaveral que aunque correspondido podía quedar pronto tenue ante la posible ausencia del ser querido, salió a dar una vuelta con la mirada firme en el cielo al pasar por la escuela, la bodega de Cirineo, la casa de Don Romuldo, y la iglesia que daba frente a la plaza, con los pasos que iba dando se iba quedando una reflexión del recuerdo del rostro y las vivencias con María Valentina, esas que se acomplejaban con la profunda tristeza que la pronta lejanía podía acercar.

El Heredero de la Tierra Prometida

Paso otra noche compleja y llegó el amanecer del infortunado día, María Valentina y Jacinto pasaban a caballo frente a las calles de Pueblo Encantado, el joven Martín Eulises apercebido de esto salió detrás como a una legua de distancia seguía su destino que se alejaba entre el camino de aquel pueblo de vivencias y el posible puerto de la despedida, añorando ver aquel rostro cándido por última vez y cruzar una palabra sentida con su amada.

Llegaron al puerto Jacinto y María Valentina, mientras el viejo desembarcaba el equipaje para llevarlo a la nave, la joven fue apercebida entre la multitud de su amado Martín Eulises este desde lejos con una mirada llorosa le despedía, ella le lanzaba un beso desde su mano, cuando sonó la sirena de aquel barco dos corazones latían, ella no pudo contenerse y corrió al lado de aquel joven era una sentida despedida, no sabían si el destino dejaba un hasta luego o un nunca, sólo aquel hondo beso quedó de testimonio de un sentimiento puro y sincero, que seguro traspasaría fronteras y barreras.

Al subir a su barca María Valentina, levantó a lo lejos su pañuelo color carmesí, sus lágrimas denotaban un idilio primaveral muy dolido, el joven Martín Eulises no vaciló en responder al derramar lágrimas sus ojos parecían cascadas firmes que no se agotan, el barco comenzaba a alejarse y el corazón del joven latía muy fuerte, parecía que otra vez un viaje sin retorno le dejaba una orfandad moral en aquel verdor, en esa la flor de su vida, tomaba su caballo para retornar a casa, los centímetros de mar le llevaban el motivo más fuerte de existir, mientras la mente y el corazón recreaban el rostro cálido de aquella señorita y remembraban como película cada momento de dicha compartido, ella a la par veía alejar su barca de la costa, y en cada gota de mar, el barajear de sus lágrimas por aquella despedida no tan consentida y la añoranza de un retorno incierto y desconocido.

Pasaban semanas de aquella infausta despedida, de una canallada del destino, el joven Martín Eulises trataba de ocupar su mente en la Universidad de los libros, haciendo más intelecto de medicina, mientras a la par en la Universidad

El Heredero de la Tierra Prometida

de la vida la añoranza por María Valentina se hacía cada día más fuerte, su rostro fue perplejo el día que el viejo Jacinto le entregó la primera carta de María Valentina, lo cual era testimonio de lo trastocado del alma y el corazón cuando un idilio primaveral quedó firmemente dolido.

El tiempo trataba entre cartas y cartas un sentimiento que se disimulaba como ausente, cuando en las noches solitarias seguía vivo y vigente en la mente y el corazón de un romancero que lloraba y recordaba a la flor de su primavera, la cual emprendió un viaje sin retorno, en sus cartas María Valentina le comentaba que residía en la casa de su tía en París, que habían muchos amigos y que aunque no le apasionaba tanto la arquitectura trataba de echarse a andar con sus contenidos.

El joven Martin Eulises volvía a aferrarse a la frase de su padre Don Carlos: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, este nuevo viaje sin retorno con la ausencia de su amada María Valentina, le hacía mantener vivo en sentimiento un idilio, opacado por la trampa lejana del destino empeñado en separar un ligamen tan fuerte como la propia existencia viva, era como la roca no apagada por erosión del tiempo.

Segundos, minutos, horas, días y meses pasan el sentimiento es presente en el corazón pero ausente de una presencia no convivida, Martin Eulises decide aferrarse a aquella Universidad, ya muy avanzado en sus planes, sólo él, Don Romuldo y Cirineo el Bodeguero son atentos de este avance y de la angustia melancólica del idilio dolido de un romancero en tantos desencuentros por la distancia de su bien amada.

Una de las tantas tardes recorriendo el acostumbrado camino con Raúl Sanoja rumbo a la Universidad, Martin Eulises le comenta de la frase de su padre y de los viajes sin retornos del destino, su amigo con mutismo le oye, el cántaro de las aves se cierne, el sol vagabundo hace compás es tan fuerte como el sentimiento vivo por una añorada María Valentina que ni aún con la distancia logra estar ausente, su amigo sólo se limita a expresar gestos y sonreírle.

El Heredero de la Tierra Prometida

Las cartas de María Valentina y las fotos puestas en la mesa junto a la vieja vasija en la casa de la falda del árbol eran los adornos del día a día de un Martin Eulises conmovido, en cada carta al leer se imaginaba él su presencia en aquella Paris lejana recreando cada momento sublime al lado de su amada, pero al caer en la realidad el hondo vacío mutaba su mente y hacia lloroso un corazón, el cual pareció a un invierno tan fuerte que no acampaba por nunca llegar un verano sombrío, con el retorno de su amada.

Las visitas a casa de Don Romuldo, el ir a cerrar las puertas de la bodega de Cirineo se convertían en momentos apropiados para recordar las añoranzas de un jovencuelo enamorado y conmovido, que no dilataba palabras, como las gotas de lluvia invernal que no se agotan para aflorar aquel sentimiento tan vivido, una tarde Don Romuldo le vio pintar en un viejo lienzo el rostro de aquella mujer bajando de una barca, de seguro su creador pensó que un retorno añorado sería posible, el que hasta hoy Juan Gerónimo y cazador no le habían permitido para recobrar la cándida historia de una sentida infancia, el viejo pasó su mano por la frente del joven y exclamó: Sólo el tiempo hará lo imposible algo posible.

El paso del tiempo no cerró heridas de un idilio dolido, no por el desamor o el olvido, sino por la distancia, semejante a aves sedientas que marchan como contra reloj a rumbos tan inciertos como con destinos desconocidos, sin saber si coincidirán en un nido ante la llamada de un sol firme, pues las encrucijadas del camino tienen laberintos en los cuales encuentros o desencuentros podrían darse, esto daba ante Martin Eulises vida a la frase lapidaria de su padre, Don Carlos: Hijo mío el destino es incierto, solo al vivir lo hacemos posible, aún los caminos del andar eran inciertos, aún no se sabía si esperar el surgir del desamor por la distancia, el olvido de un hermoso idilio primaveral o el reencuentro de dos seres fervientes amorosos cuando la incerteza del tiempo pudiese hacer algo posible semejante a los escépticos rayos de un sol que sustituyen a una lluvia bravía en lo imprevisto del tiempo.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO VI

LA CARTA, RETORNOS Y REENCUENTROS

Meses han pasado del idilio primaveral condolido, de un viaje sin retorno, de una distancia física entre María Valentina y Martin Eulises, aún no se sabe si se dará el reencuentro de dos amorosos seres, persiste la incerteza del paradero de Juan Gerónimo y Cazador, y de un secreto que Don Carlos decía a Martin Eulises se develaría en su lecho moribundo, a través de una carta que tendría alguien guardada, y le daría algún día, en fin muchas cosas por descubrir y lograr aclarar, era la latencia de lo incierto del destino haciéndose posible, dándole un nuevo rumbo al desconcierto.

Un día por la tarde soleada regresaba Martin Eulises de la Universidad a su casa a la falda del árbol, había dejado en su camino de paso a Raúl Sanoja, cuando entrando encontró la puerta entre abierta, la cual sonaba tenue con la brisa acandilada, un viejo amigo suyo de infancia, fiel amigo y servidor de su padre, Ramón Loreto, estaba sentado en el sillón cerca de su ventana, le esperaba, al verle le dijo que trató de buscarle muchas veces pero que no lograba dar con su paradero, sus búsquedas fueron en balde, y que fue al encontrar un día en un camino de paso de campo a Cirineo el bodeguero cuando supo al fin de él, se levantó, sacó de su viejo bolso un sobre y le entregó una Carta que fue dejada en su poder por su padre Don Carlos de Sevilla, días antes de morir, el joven atónito, sentía latir su corazón, era como un caballo ágil sin freno posible, parecía que sus ojos tímidos, semejantes a luna llena se adentraban a leer aquella misiva, en la cual su padre le decía: Yo y tu madre te amamos desde el día que te recibimos, pero realmente no somos tus padres biológicos tu madre es Doña Martina, quien debió entregarte a nosotros porque tu padre fue obligado a retornar a su natal España, le decía búscala si aún vive, no le recrimines la soledad y la pobreza le obligaron a despedirse con lágrimas de ti, lo más preciado su hijo.

Al leer aquella carta con la despedida de Ramón Loreto, de quien nunca

El Heredero de la Tierra Prometida

volvió a saberse, una mezcla de sentimientos se apoderó de Martin Eulises quien empezó su recorrido a caballo por los sitios nombrados en pasajes de aquella carta: Hato la Esperanza, la hacienda los Girasoles y la casa de la Trinitaria Doña Juana Rembrandt, días enteros a caballo, entre sol y lluvia, con la remembranza aún sentida del idilio primaveral de María Valentina, y de su amigo Juan Gerónimo y Cazador, meses de arduo esfuerzo parecían llevar a difícil resultado, un joven inquieto ya se sentía ofuscado, pensaba que alguien del cual provino, no volvería a plerarle su rostro, sería como otro viaje sin retorno.

Una tarde sombría aquel muchacho se disponía a caminar hacia la plaza del pueblo ya había pasado la escuela, la casa de Don Romuldo, la Bodega de Cirineo, cuando de repente una nube de polvo se cernía con raudal de brisa, detrás comenzaba a develarse una silueta de una anciana que caminaba desconcertada como sin saber a dónde se dirigía, un joven inquieto pensó que aquella era una señal del destino, se acercó a aquella viejecita, al ver lentamente subir su rostro, su corazón latía, sus ojos desgastados y llorosos le insinuaron que su búsqueda tenía un fin, era Doña Martina, aquella mujer cayó arrodillada a sus pies, lloraba tan desconsolada como la lluvia que no se detenía ni con la calidez de un verano tímido, fueron largas las horas interminables de una mujer sentida pidiendo disculpas por el abandono físico y años de dejadez moral a su hijo, y este le exclamaba: Madre mía, sé que el destino tiende trampas, pero hay que vivir para hacer lo incierto posible.

Pasaron los días lentos, una madre y su hijo trataban de reponer momentos no dados por las canalladas del destino, un hijo comentaba a su anciana madre su historia de un idilio de primavera con aquella María Valentina que presente en sentimientos, enfriaba momentos con una separación física obligada por el destino, y de cómo el tiempo no cerraba heridas, dejaba la incertidumbre de un amor por la distancia, de un idilio traspasando fronteras.

Aquella mujer era ahora quien en la casa de la falda del árbol acompañaba a su hijo, preparaba el café con sus manecitas desgastadas, y despedía cada día a

El Heredero de la Tierra Prometida

su hijo con un beso en la frente en la fachada de aquella morada, Don Romuldo logró cruzar palabras con Doña Martina, esta le agradeció por cada gesto con su hijo, y el anciano le ripostó: la vida le permite a los seres hacer nuevos viajeros del tiempo con vivencias compartidas, hasta el Bodeguero Cirineo se acercó un día a hablar con la viejecita quien con voz entre cortada hablaba y oía de aquel hombre, la vida de Martin Eulises y los ratos de desencuentro y encuentro con tantas distancias obligadas por el destino.

Cuando la llegada de Doña Martina parecía ser una buena nueva en la vida de Martin Eulises, otra sorpresa del destino ocurriría una tarde llegando de la Universidad ya casi era fin de mes, el sol estaba más bravío que nunca, un personero errante aparecía estaba de espaldas cercano a una laguna que se encontraba entre la casa de Raúl Sanoja y Pueblo Encantado, aunque había pasado el tiempo, su humanidad era inconfundible se trataba de Juan Gerónimo el amigo de infancia aquel que huyó de su lado sin dejar rastros ni pistas, la primera impresión de Martin Eulises quizás se teñía de un rostro molesto, parecía acantilado sin horizonte, pero al ver caer el rostro desgastado de su amigo pensó que alguna fuerza involuntaria le había obligado a hacerse lejano entre posibles incertezas, arcanos desconocidos o pujantes obligantes que enajenan a la voluntad propia.

Su amigo empezó a llorar, sus ojos parecían como goteros que se exprimen con un agua que no se agota por más fuerza que se le exija, comenzó a contar aquel motivo tan oscuro que obligó a separar a los grandes amigos de una infancia y juventud orfana, Juan Gerónimo le comentó que aquel día de su imprevista partida había recibido una noticia de una enfermedad que le acontecía, que no quería que su amigo le viese apagarse lentamente y que tuviese de él un recuerdo de aquellas travesuras de la plaza puliendo zapatos, de quienes iban juntos a la escuela y convivían como hermanos en aquella casa de la falda del viejo árbol, Cazador al verle empacar decidió seguirle y debieron huir a un pueblo lejano, al paso de los años logro una mejoría y hoy quiso volver para recordar el

El Heredero de la Tierra Prometida

lugar de su infancia orfana, el reencuentro de un hermano y amigo, Cazador estaba más lejos y se acercó lamía su bota pero aunque le parecía aquel hombre un desconocido su instinto animal le decía que estaba en casa retomando la existencia en un punto incierto que había dejado en el camino.

Ambos amigos subieron a sus caballos rumbo a Pueblo Encantado, a la casa de la falda del árbol donde Doña Martina esperaba cada día la llegada de él hijo que el destino le había retornado, cuando anclaron sus caballos a la puerta, la viejecita curiosa preguntó a su hijo quien era aquel joven que le acompañaba, Martin Eulises respondió: Más que mi amigo es mi hermano, el de la orfandad temprana que creí vivía, junto a quien en sol, lluvia e intemperie viví las experiencias primarias de la vida esas que nos marcan y no se olvidan.

La viejecita Doña Martina con manos temblorosas servía el Café en aquella tarde oscura, a lo lejos venían acercándose Don Romuldo y el Bodeguero Cirineo, estaban incrédulos, curiosos y ansiosos de develar quien era aquel extraño visitante, al percibir el rostro vieron a un joven de edad más avanzada pero aún algunas líneas del tiempo del rostro no se había borrado, eres Juan Gerónimo exclamó efusivo Don Romuldo, y luego gritó en algarabía Cirineo es increíble muchacho que estés aquí, creímos nunca volverte a ver, de seguidas el mutismo de todos reinaba parecía una acampada oscura y callada, en el tiempo en el cual Juan Gerónimo contaba aquella amargura de un pasaje incierto del destino que le obligó a separarse de aquel su camino, pasaron horas, y la remembranza de encuentros y desencuentros, momentos vividos, y extrañezas marcaron una noche en la cual parecía que las melancolías taciturnas cambiaban por algunos rayos de luz brillante, pero aún persistía un motivo de un idilio primaveral condolido, la ausencia de María Valentina, quien en aquella Europa no le permitía la felicidad plena al joven Martin Eulises.

Pasaban los días, semanas y meses la frase de Don Carlos de Sevilla padre adoptivo de Martin Eulises tomaba fuerza: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, era incierto el destino, personas que no se sabía que

El Heredero de la Tierra Prometida

existía como Doña Martina aparecieron para dar sentido a vivencias, personas de las cuales no tenía certeza de su paradero como Juan Gerónimo y Cazador han reaparecido, pero personas aún ausentes no se sabe si lo estarán o quedarán en el olvido como sería la historia indecisa de María Valentina, lejana en aquella Europa y de la cual Martín Eulises añoraba un idilio primaveral fuerte en sentimientos vivos pero frío por la distancia física de quienes no pueden compartir vivencias.

La casa de la falda del árbol se hacía más pequeña, Martín Eulises, Doña Martina, Juan Gerónimo y Cazador juntos daban cuenta de ello, los cambios de invierno y verano, permitían escribir momentos diversos los cuales se colmaban de una naturaleza cambiante con un sol raudal que era desplazado por lluvia, con una vegetación que variaba verdor por ocaso adormecido.

Al pasar de los dos meses siguientes se recibió una carta de María Valentina, el viejo Jacinto llegó a caballo corriendo la dejó a Doña Martina pues estaba Martín Eulises en su faena universitaria, la carta yacía en una mesa polvorosa al lado de un candelabro viejo, en su contenido anunciaba su retorno desde Europa tras la decisión de su madre Doña Rosaura de acompañarle en casa por lo difícil de su avanzada edad en atender asuntos familiares, no fue sino por la noche cuando el destinatario cercano a la luz leía aquella carta, su rostro era de asombro, melancolía y pensaba que aquel viaje sin retorno pronto tendría un fin esperado, cada milla de mar que acercaba el barco de María Valentina, era como el roce más próximo de dos corazones a punto de reencontrar su destino en un momento oportuno.

Desde aquel momento vital, el fervor de Martín Eulises crecía por aquel reencuentro también obligado por el destino, de una María Valentina que pronto regresaría quizás con la misma fuerza de los sentimientos o con algunas varianzas labradas por aquella separación momentánea que marco el destino vivido, parecía que dos extraños podían conocerse o dos viejos horizontes se reencontrarían todo estaba en la posible expectativa, era un destino que separaba

El Heredero de la Tierra Prometida

aguas que luego podían juntarse haciendo experiencias.

Al venir del fin del curso de la Universidad, Martin Eulises acompañado de Raúl Sanoja, recibió otra carta dejada en la Bodega de Cirineo, en la cual María Valentina le anunciaba que a lo sumo de dos días su barco se acercaría al puerto que estaba a pocas horas de Pueblo Encantado, este anuncio junto al fin de su pronta vida universitaria, le dejaban un sabor más dulce de cándida melodía a la vida de Martin Eulises, este se aproximaba a esperar la llegada de su idilio primaveral, anhelando que aquel reencuentro pudiese ser sinónimo de un sentimiento vivo que persistió lejanías y ausencias de vivencias dadas.

Llegó aquel amanecer que el joven Martin Eulises pensó nunca ocurriría, tomó temprano su caballo hacia el puerto de su aventurado encuentro, el camino estaba de sol radiante, las aves cantaron claro y fuerte, las flores hacían su mejor gala, llegó desde la mañana a aquel puerto, pasaban quizás dos horas y aún el horizonte no avistaba ninguna embarcación cercana, el mediodía soleado generaba angustia de quien esperaba y añoraba, teniendo la ansiedad justa de ver avistar al horizonte el barco, la cercanía del idilio de primavera hoy condolido, que posible se reavivaría.

Cuando ya parecía cansado de esperar sus ojos asemejaron cascadas que están por cerrarse, su boca parecía un sol sediento de agua, pensaba dar la espalda para montar a su fiel compañero aquel caballo desgastado, dando por un hecho que era falsa aquella promesa de reencuentro, cuando ya daba su caballo dos pasos, como perdiéndose en la infinitud del terraplén, sonó una sirena como un ruido más fuerte que el trueno de un invierno vago, el barco se acercaba, el color pálido y cansado del rostro de Martin Eulises volvía a recrearse de brillo de vida, lo que parecía dudoso e increíble ocurriría, la llegada de María Valentina estaba más cerca, cada milla de mar que reducía distancia parecía cada proximidad de dos corazones que latían y esperaban rejuntarse, mentes combinadas con la llegada próxima de un reencuentro posible y el cual en algún momento se pensó increíble.

El Heredero de la Tierra Prometida

A media hora de aquel anuncio, el barco atracó en puerto, empezaron a descender muchos pasajeros, el rostro de Martin Eulises, era escéptico bajaron quizás 100 personas pero nunca afloró por la escalinata el rostro y la humanidad de María Valentina, cuando el tripulante parecía cerrar la compuerta, y el rostro de Martin Eulises volvía a sentirse dudoso, alguien exclamó por favor abrir la compuerta era la voz de María Valentina, la sorpresa era la última pasajera en bajar pues se había quedado atascada la puerta de un baño en el que se encontraba y luego se dificultó ubicar su maleta, esas dos sombras de dudas a Martin Eulises le hicieron recordar la frase de su padre Carlos de Sevilla: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, fue incierta la llegada del barco a pesar de aquella dulce carta, fue dudosa la llegada de María Valentina aún cuando el barco atracaba en el puerto, sólo al persistir en vivir la experiencia lograda lo esperado se hizo posible.

Al bajar del barco ambos corrían de lado y lado al encuentro del otro, Martin Eulises soltó el caballo y apresuró su paso, María Valentina soltó la maleta, ante los ojos del viejo Jacinto quien le esperaba, luego se echó a correr, al llegar él la levanto, ella con su voz suave exclamó: Siento este día como aquel que en este mismo puerto era testigo de nuestra despedida, mi sentimiento no se borró, el mar, sus céntimas de millas separó las presencias, pero la mente y el corazón son más resistentes que la llamarada de una chimenea que no se apaga ni con la fuerza raudal de un invierno incesante.

Mientras el viejo Jacinto se disponía a llevar la maleta a caballo al Hato la Zarzuela, Martin Eulises le pedía a su idilio de primavera acompañarle junto a él en su caballo, en retorno a Pueblo Encantado, el camino se abría en la faena taciturna, el sol fortalecido presumía ser cómplice de un idilio de primavera reavivado, ya la presencia sumaba la conexión de sentimientos que no durmieron con la distancia vacía, las flores en su fuerte color y fragancia dejaban ver el reverdecer de aquel idilio como más fuerte que nunca, lo cual permitía avivar la certeza de un reencuentro anhelado, que no se perdía en el tiempo.

El Heredero de la Tierra Prometida

Ya cayendo la noche el caballo de Martin Eulises y María Valentina se acercaba a Pueblo Encantado, a la casa de la falda del árbol para un encuentro de dos desconocidas que siendo parte de la vida de un hombre se debían cruzar para darle apoyo en una vivencia perfecta, al bajar del caballo, la viejecita Doña Martina abría la puerta, mientras su pisadas llegaban polvorientas, la cercanía de María Valentina conjugaba el cruzar del rostro de aquella anciana y una joven cuyos sentimientos cómplices en la vida de Martin Eulises les convertiría en un factor clave de común vivencia.

Las manos ásperas de aquella anciana, con su voz entrecortada frente a la dulce piel fresca de la jovencita se fusionaron seguidas de un abrazo fraterno, Doña Martina replicó: Tengo la dicha de conocer a la mujer dueña de los suspiros, alientos, trasnochos y desgastes de mi hijo, gracias a Dios que su dulce espera ha colmado este bendecido encuentro, la voz sublime de María Valentina replicó: Agraciada señora me ha hablado su hijo de usted en el camino, de la ventura de reencontrarle y de cómo recobrar el tiempo, será como la dulzura de una primavera después de sopesar a un otoño fundido.

Al darse este sentido encuentro, Juan Gerónimo apareció por la puerta, Cazador ladraba tan fuerte como que si la vida anunciará un momento perfecto, pudo conocer a la María Valentina de la cual en tantas noches oscuras le había hablado su amigo Martin Eulises, esta le ripostó el cómo su amigo le había hecho conocer con palabras en la laguna de aquella añoranza de infancia y juventud orfana, lo cual se mezclaba con un profundo vacío de aquel sentimiento de un viaje sin retorno que Martin Eulises representaba ante aquella imprevista separación del destino de su fiel amigo y su compañero cazador, el joven con ojos brillantes exclamó agradecerle existir para darle color a la vida de su amigo.

Tomaron caballo para emprender rumbo al Hato la Zarzuela, Martin Eulises hizo subir a María Valentina, cuando los pasos se daban frente a la bodega de Cirineo, este sentado leía un periódico y agitaba su mano como saludo a los paseadores frente a él, al pasar frente a la casa de Don Romuldo, este saludo

El Heredero de la Tierra Prometida

extrovertido desde su ventana, ya al dejar la iglesia cercana a la plaza, los sentimientos de aquel idilio de primavera reavivada, comenzaron a plasmarse con un sol fortalecido, un trinar de pajarillos volando en coro junto a flores en florecencia auguraban que el camino de Martín Eulises el Heredero de la Tierra prometida marchaba más sólido, firme, seguro, como cual roca compacta que no se desgasta con la erosión ni la acampada de la lluvia, preparándole para llegar al destino que se generaría superada una pausa distante y tan pronunciada como las millas de mar entre Pueblo Encantado y Europa, que alguna vez le separaban de su añorada María Valentina.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO VII LA TIERRA PROMETIDA

Han pasado días, meses y algunos años de aquellos bravíos inviernos, esas lluvias turbulentas que simbolizaban los tantos desencuentros, secretos y melancolías, hoy son sus sustituidos por un trance de verano y primavera, el sol bravío de aquellos nuevos días, con flores en el verdor más puro y la mayor fuerza de beldad en florecencia, denotan que vendrán nuevos horizontes a descubrir, se aproxima un ambiente natural espléndido con vivencias más sentidas esas que permitirán aflorar en Pueblo Encantado y sus rincones, que conjuntado a los artificios creativos humanos dan la sensación de una tierra prometida.

En el alba clara de una mañana distinta, el trinar de los pajarillos sic sic insinuaba que un futuro inusitado estaba por comenzar a escribirse, ya apresto en la casa al lado de la falda de aquel árbol, el sol radiante, símbolo de buena vida, se coló por la rendija de la pequeña ventana donde yacía aún dormido Martin Eulises, el reflejo de los rayos en su cara, parecía la fuerza que reciben los árboles cuando están a punto de dar frutos anhelados, parecía aquella una señal del esplendor de una misión necesaria, aún por descubrirse

Al despertar aquel joven pensó se aproxima el tiempo de hacer viva la frase de su padre adoptivo Don Carlos: Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo, asumiendo la frase lapidaria del destino, esa que por días y años lacero su mente melancólica y de idilio perenne, de que sólo al vivir lo hacemos posible, pensó a lo hondo que la existencia plena es como trazos de figuras que en un lienzo pleno se construye, es entrever entre alfa y omega, sol y luna, un algo y un todo, es todo o nada, lo cual tendría más sentido cuando el adornar del jardín para María Valentina podría abonarse en ese concierto más fecundo.

Esta reflexión primaria, le turbó, parecía como las rocas que lanzadas a las

El Heredero de la Tierra Prometida

lagunas brotaban ondas, lo cual le hizo salir de su aposento, soltó la puerta con la fuerza de aquel portento, se sentía más enérgico, sentía que se deslastraba de la sombra hermética de tantos desafueros, sentidos y vividos, de tantas anhelanzas y melancolías cruzadas en un destino complejo, ya frente al salón principal yacía su madre Doña Martina, aquella anciana de líneas desgastadas en su rostro, que eran la mella de una vivencia sentida, acongojada, pero que recobrara como el suspiro aliento de vida, ya estaba dispuesta a servir su taza de café, como si con ello endulzara el alba fecundo de aquel jovenzuelo inquieto.

Ella se acercó y le dijo: Buenos Días, hijo de mi corazón, luz de mis silencios, es tiempo de echarse a andar, es momento de vivir para crecer, no nos quedemos pequeños, ante la inmensidad de los riscos de las montañas, su hijo admiró la silueta de su madre con ojos semejantes a nubes crecidas en un verano descubierta, suspiró a lo profundo y pensó aquella la frase de su suplicio y silencio que le marcó la voz áspera y cándida de su padre en aquella tarde menguada de laguna, y le dijo: Cierta añorada madre mía, la vida es una construcción de momentos con y sin sabores, debemos hacer de cada espacio lo que anhela la fuerza del corazón y el raudal de sentimientos, es como hacer que las estrellas frágiles den fuerza de luz al firmamento.

Terminó aquel roce de café de un hijo y su madre, eran como agua y laguna mezclados, al salir a la puerta Martín Eulises, miró a lo firme el cercano de un cielo claro, su premonición cobraba fuerza, era como que si los primeros pasos de su caballo anunciaran el inicio de un recorrido hacia una latitud maravillosa por descubrirse, semejante a las plantas cuando querían crecer pronto, cercano yacía un inquieto Don Romuldo, con su taza de café.

Hoy su rostro cándido entre arrugas de un destino que no pasa infértil, le hacen parecer un astro brillante que podía encandilar, entre el hermetismo de sombras oscuras, su mirada fresca y sonrisa única, le hacía compararse al risco de una montaña que daba concierto avizorando lo majestuoso de lo infinito, se dirigió a Martín Eulises con voz irradiada del vigor de la juventud añorada y le indicó: El día es distinto, parece que algo cambia, ya cesaron los tiempos

El Heredero de la Tierra Prometida

turbulentos, el alba naciente señala que el descubrir es más posible, échate a andar inquieto muchacho, construye castillo con sales y conquista los manantiales con el almíbar del néctar, ante aquel pregonar de palabras enrarecido como raudales de un nuevo viento, el joven sonrió y pensó el ambiente parece más sobrio, para transformar melancolías en alegrías, ausencias en vivencias, es un vaivén de construir, donde caminar es refrescar la sutileza de la sombra de un destino incierto, que se devela.

Quiso Martin Eulises caminar, haciendo el recorrido de su tiempo de pulidor de zapatos, dejando atrás su casa, la escuela, la Bodega de Cirineo, la casa de Don Romuldo, la iglesia, para reencontrarse en un vaivén con la añoranza de viejos recuerdos, pero algo singular hoy ocurría, el sol caminaba radiante delante de él guiándole en su ruta, parecía que eran hombre y sombra dejando lo cierto atrás, y avizorando lo incierto como la emoción de lo sorprendido, era aquello símbolo de fuerza de nueva vida, era como si ahora se arropase aquella lluvia de tanta melancolía y se cediese para ver parir en alba de luz, una fuerza enramada de distinta.

Llegando a la plaza con pasos ásperos, admiró algo inusual el verdor de las plantas era único, parecía que brotaba la esperanza de la incerteza pura, hacia el descubrimiento de lo mágico, era como que si develase después de la maleza de la naturaleza, un lugar que sus ojos incrédulos no habían visto, era el símbolo de que pronto Pueblo Encantado y sus cercados se abrirían de arcanos a encuentros rumbos, en un ambiente que irradiaba focos de lo distinto, en el que lo efímero de tantos desconciertos podría terminar siendo seducido por el descubrimiento de nuevas sintonías del tiempo.

Al llegar a la plaza de vivencias que se tallaron desde la orfandad temprana, su siempre amigo Juan Gerónimo y su compañero Cazador, acampaban aguardados por el sol sereno que les irradiaba, aquel dúo parecía el brillo y su lustro reflejo denotando la luz de un confín que se hace cierto, Martin Eulises cauteloso se le acercó, estrechó su mano, y con voz más regia le indico: Vez hermano de mi orfandad temprana, como el sol naciente hoy brilla distinto.

El Heredero de la Tierra Prometida

El temporal de lluvia oscura que apesumbra ha sido efímero, tan corto como nuestra distancia de aquellos de tu extrañada partida, un Juan Gerónimo reflexivo a lo hondo ripostó: Buen amigo, hermano mío, cómplice seguro de la orfandad temprana, las líneas del tiempo, nos dan páginas blancas, son lienzos vacíos que aún podemos llenar de tenues colores, aquel momento sentido se selló con un estrecho de manos tan largo y caluroso, que parecía como cuando ebulliciona agua ferviente ante la combustión de una chimenea que en contra de la brisa suelta encandila, cerca venía Cirineo el bodeguero, su energía al caminar con pasos rápidos, era semejante al caballo bravío que corría la sabana suelta, todo aquello componía un ambiente radiante, luminoso y apresto a la sintonía de lo que se venía.

Aquel tiempo coincidía con los fines de vida universitaria de un apasionado Martin Eulises, quien en una de sus tantas mañanas, tomó su viejo y fiel caballo, con el que dio riendas sueltas hacia tantos rumbos, y recorriendo el camino que evoco la efusividad de tantos sentimientos logro el repetido encuentro con su compañero de travesía Raúl Sanoja, para dirigirse a las actividades finales de su estudio de medicina, esta vez su camino desde Pueblo Encantado, se lucía de un sol bravío, semejante a la fuerza de un portento, las plantas y árboles adosaban el momento con un verdor único, era lo esperanzador de hacer lo imposible algo posible, era como que desde el risco de la montaña, un ave única volase sin detener destino a descubrir el firmamento profundo.

En aquel sediento camino Martin Eulises le comentó: Oh mi hermano de encuentro y camino, que dicha ver la luz del sol, radiante como el rubí pulido, conocer el verdor de las plantas matutinas, pareciese que esperanza y vida tan fuertes, se hacen cómplices como el jardinero regando abono en la beldad de las flores tan fuerte como el idilio primaveral en los suspiros de María Valentina, su amigo atento, y silente como la inmensidad de una noche oscura y hermética, solo le contestó con la fuerza de un abrazo ingenuo, más caluroso que el sol que reinaba en las laderas de aquel camino.

Después de llegada aquella tarde, y de pasar por su casa de tantas

El Heredero de la Tierra Prometida

vivencias, Martin Eulises, paso a la laguna detrás del Hato la Zarzuela, su camino era la mezcla de evocar el idilio que le movía, junto a la inquietud de develar la sombra de su destino, al llegar una espectacular María Valentina le recibía la cual hoy lucía un rostro más esplendido que nunca, parecía la amapola más bonita de un vergel, cuya beldad natural y auténtica daba más colorido al jardín de las anhelanzas vagantes, el joven bajo de su caballo, el cual a pesar de estar cansado de su faena, sentía el brío de seguir murmurando, y ella al ver a su amado le exclamó: Hoy idilio de mi primavera fecunda, el sol nos irradia con una fuerza tan única, es la señal de que podemos nacer al vivir, pero que aún debemos pintar nuestro existir de más cromáticos colores en un lienzo blanco que aspira ver sinfonías, ante este coro de una angelina.

El sorprendido Martin Eulises se sonrojó, recordó la frase tan mentada por su padre y pálido procedió a decirle: Oh mi amada flor de jardín, idilio primaveral del alba de mi vida, solo sé que al vivir haremos lo imposible, posible, la luz del sol es tan cómplice como el alba que nace ante la lluvia hermética de nuestras melancolías, somos nosotros quienes debemos animarle, somos el pintor de los colores profundos, será nuestro arte pintar y vivir el paisaje de nuestros confines benditos, los ojos de la tierna y dulce jovencita brillaron tan fuerte ante tanto coro de ángeles que parecían esas frases dichas, el sol asemejaba reflejarse en su tez tan fresca, era la suma de momentos y sentimientos, la fuerza del prelude de lo que se acometería, la misión de Martin Eulises de forjar la anhelanza de la tierra prometida.

Pasaron los días, después de arduas faenas, llegó un fin preciado, era como si un barco en la profundidad de la mar, después de andar al fin avistaba el litoral de sus anhelanzas, la graduación de Médico de Martin Eulises ya era un hecho, en aquella mañana taciturna muchos se agolpaban a la puerta de la casa de la falda de aquel árbol, parecían aves rapaces colmando la dulzura de un nido, el rostro cándido de Doña Martina, sopesando las líneas de un tiempo no pasado inerte y vacío, no ocultaba una alegría tan plena, parecía un sol luminoso, que ni

El Heredero de la Tierra Prometida

las nubes más grandes podrían derretirlo, cerca de un costado yacía Juan Gerónimo, como siempre apresto a acompañar a su amigo, como lo hizo en aquel sinfín de travesuras de los años de una común orfandad temprana que les había convertido en más que amigos, hermanos, semejantes al sol y las nubes que no se separan para no dejar el cielo penumbra de desconcierto.

Sentados en dos bancos de árboles desgastados se aparejaban Don Romuldo y Cirineo, acampando cercanos a la vieja puerta, el destino y los andantes cómplices anunciaban que aquel momento era el portal que comenzaba a abrir senderos, era la frescura de un árbol que pronto daría más frutos, tanta algarabía y entusiasmo parecía reeditar a una de las tantas fiestas patronales de un vanagloriado Pueblo Encantado, que hoy se abría ante un hijo suyo, que pario luz del conocer, cual semilla fecunda y fértil, cuando pasando la encrucijada de desencuentros y melancolías, que no fueron el obstáculo de un caminante peregrino, logro toparse con un jardín de ensueño que ni las acampadas oscuras habían detenido.

Todos se juntaron en una vieja carreta hacia aquella universidad, parecían granos unidos en un granero haciendo montañas de lo infinito, ya por el camino el fiel compañero de tantas travesías Raúl Sanoja y los suyos les aguardaban, el de hoy era un recorrido único, parecía como cuando los aves triunfales volaban y trinaban más fuerte para acampar su nido final, llegaron felizmente a aquel su destino, la emoción de Martín Eulises era tan fuerte, como cuando la llamarada de la chimenea le da luz al caminante en lo oscuro, a la puerta de aquel recinto esperaba la beldad de María Valentina, quien había adelantado camino con Jacinto, hoy parecía un flor fugitiva, que en su mirada dejaba escapar los anhelos de una emoción única, lo recibió con un beso suave ese que parece sacado de una brisa tímida, todos eran cómplices protagonistas estelares de un logro, que parido de melancolías, desencuentros y tardes de viaje a camino llegaba a sus fines, era como el verano, que hecho invierno transformaba semillas en frutos.

Después de aquella sellada velada, ente lágrimas y risas, semejantes al

El Heredero de la Tierra Prometida

vaivén de un claro oscuro, Martin Eulises con diploma y medalla en mano, sentía el reflejo en corazón y mente de una mezcla única de risa y llanto, era como si el sol y la lluvia se fusionaran dando ritmo en conjunto a un ambiente nunca vivido, su madre Martina, no ocultaba una mezcla de sentimientos, parecía la flor en un vergel cuando abre sus frágiles pétalos, Don Romuldo y Cirineo, se dedicaron a abrazar y estrechar manos de aquel soñador despierto, del orfano, pulidor de zapatos, hecho ahora el humanista médico, aquel abrazo parecía como la brisa que se apodera del caminante en un recorrido de largo camino.

Todos parecían cómplices de una velada perfecta, era como que si fauna y flora, le dieran brillo a un paisaje esplendido único, el que no se había visto en lustros, después de caminar el joven entre multitudes que parecían árboles que se dejan atrás al recorrer una sabana, se acercó a su idilio primaveral avivado, la dulce María Valentina, su rostro tierno anunciaba una emoción única, semejante a cuando la luna acude a deleitar los versos de su romancero, selló el momento con un beso tierno, el cual se completó con la brisa fecunda que les envolvía y la movida de los árboles en aquel patio en el cual el destino fiel les movía, todo parecía un ambiente mágico, irradiado de una luz viva que sorprendía.

La despedida de Martin Eulises y Raúl Sanoja, fue única, este último pronto se iba a la lejanía, el abrazo de amigos de largas tardes de recorrido parecía el de un molino que abraza el tiempo para dejar atrás vivencias conocidas, después de aquel momento nada más volvió a saberse de aquel fiel amigo, era como alguien que se bajó de una locomotora, en un estación perdiéndose rastro y pista de su vestigio.

Pasan los días, de aquel logro, el joven Martin Eulises ahora el médico de Pueblo Encantado, comienza su faena, parece un ave naciente que vuela alto cuando el horizonte firme le inspira, logra abrir su pequeña consulta al lado del patiecito de la casa de Don Romuldo, la emoción de servir le contagiaba de un entusiasmo, tan fuerte como el recorrido que hacía a la plaza añorada de pulir zapatos, su afán y carisma le permitía socorrer a mujeres, niños, ancianos y

El Heredero de la Tierra Prometida

peregrinos de aquel poblado y sus cercanías,.

Su entrega al servicio era tan constante como cuando las garzas se prolongan sin reposo en laguna sedienta de brillo, en aquel pueblo y sus cercanías todos hablan de un humanista único, pareciese que la existencia al orfano, al pulidor de zapatos de la plaza, le enseñó que la vida, es un retaso de momentos, que la dulzura del néctar, y lo amargo del café puro, siembran raíces de árboles que maduran y crecen en sus ramales para ofrendar mejores frutos, es como regalar a la vida, la secuela de sentimientos que hicieron crecer a un árbol hasta su plenitud.

Después de una de sus tantas jornadas, Martín Eulises, quedó tan exhausto, que cayó en un sueño profundo, parecía una semilla plantada que esperaba germinar frutos, en una noche de jardín de una hazaña única e inesperada, aquel momento hizo pasar por su mente en un tenue sueño el encuentro sublime de su niñez añorada, de aquel pasaje de la vieja laguna en compañía de su cómplice del momento, su padre de tantas faenas y paseos juntos.

Al avistarse Don Carlos, quien en su adormecer le acompañó nuevamente a aquel lugar de laguna de ensueño, le repetía la frase de aquel momento: *Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo, debemos andar, sólo así descubriremos como construir la tierra prometida, entre flores y espinas, entre dulce y amargo, el letargo del tiempo no será olvido, si lo vivimos con algún sentido*, tan seguido su padre semejante a un trueno bravío prosiguió alardeando en el sueño a su hijo: Hijo de mis faenas, la sombra con la que paseaba en mi añorado e infausto destino, es hora y momento, hijo mío ya acontece el tiempo de alcanzar tu misión aguardada en aquel sublime mensaje, que era la profecía fecunda del principio del tiempo, es el instante sublime de forjar y construir la tierra prometida; y le mostró un camino largo de luz que le guiaba y después de traspasar la maleza de árboles que ocultaban le guió a un paisaje radiante de brillos y verdes, era un paraíso de ensueño nunca antes visto.

El Heredero de la Tierra Prometida

Aquel joven al amanecer, oyó el canto más sublime de las aves del campo, el sol brillaba más radiante que nunca, parecía que un vaivén lo había transformado, despertó creyendo haber vivido lo soñado, pero descubrió que sólo era eso un sublime sueño, una remembranza añorada del destino, que aún carcomía el alma y el corazón de aquel niño que no borraba una huella que aún le seguía, luego el sol seguido de tantos días continuos, se hacía como una seguidilla de aves firmes que caminaban dispuestas a alcanzar un nido perfecto, entendió de aquel un mensaje que su destino fiel le tendía, era el momento de alcanzar la tierra prometida; un día al llegar al pequeño salón de su casa a la falda del árbol, Doña Martina, Juan Gerónimo quedaron sorprendidos cuando les contaban de aquel sueño y el entrever de su mensaje, y asumieron que alguna tarea a Martin Eulises aún le queda por venir, debía parecer el ave guía que da el concierto a la fila de fieles que en entonada le dan acorde a su rima.

Salió sorprendido, a conversarlo con Don Romuldo y Cirineo yacentes en la plaza de tantos recuerdos, camino tan rápido que asemejaba a un tranvía sin frenos ansioso de llegar a su fiel destino, el rostro de aquellos incrédulos, semejantes a flores que se sienten sedientas en un verano marchito, le insinuaban al inquieto joven, que su tarea debía pronto comenzar, que era tiempo de que un nuevo sol brillase con un destello de luz de mayor vigor para la acampada firme de Pueblo Encantado y sus alrededores.

A poco tiempo María Valentina y Jacinto entraban al pueblo, Martin Eulises la admiró al bajar de su caballo, parecía más serena y espléndida que nunca, asemejaba a la sabana solitaria cuando llegado el ocaso tardío, la primavera supera sus vacíos, él se le acercó, la acompañó con paso sereno y firme hacia el banco de la plaza, con una energía semejante a la de corriente de agua de laguna, le comentó de su sueño, pensó que a ella podría parecerle extraño, pero al avanzar en el pregono de sus palabras, ella tan cándida con su rostro sonrió, y de seguidas le replicó: Siempre he pensado, jardinero único de mi primavera matutina, que tus momentos vividos sirven, para que puedas servir, no desmayes

El Heredero de la Tierra Prometida

en tu ímpetu.

Si es la señal del destino, la herencia fecunda de tu padre añorado, y se conjuga con la fuerza de tus sentimientos, entonces échate andar, se cómo la mar infinita que no se pierde y permítenos conocer tu raudal de luz que proyecta horizontes en esa forjada de una inusitada tierra prometida; él la miro fijamente y contempló aquella confirmación que parecía la música de un coro angelical que dejaba la puerta libre y el escenario abierto para comenzar una obra única e inusitada, de la cual por tiempo se comentaría.

Después de aquel día, el joven Martin Eulises regreso a su casa, inquieto tratando de preguntarse y encontrar respuesta a su encrucijada y enigma de: cómo construir la forjada tierra prometida, ya yaciendo en su lecho, trata de deslastrarse de incertidumbres, buscando confirmaciones posibles, miraba por la ventana aquella noche lejana tratando de buscar en la asociación de astros, lunas y estrellas respuestas a sus inquietudes, tratando de superar la melancolía de sus desafueros del recorrido destino, en un momento pensó en un fragmento de la frase de su padre: *Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo*, entonces pensó la única forma de lograr transformar aquel pueblo y sus cercanías en la tierra prometida precisamente era construyendo vivencias mejores, espacios artificiales portentos, y resguardando aquel paisaje con una fuerza de grupo, semejante a una manada de aves que da colorario a una sabana florida.

El nuevo día era el comienzo de pintar en papel ideales y sueños, avizorar la construcción de la tierra prometida, sabiendo lo que se tiene, y la posibilidad del recrear de nuevos caminos, era como ver la laguna clara de color frágil y regenerarlo con un sol naciente y radiante, lo primero era esencial reunir a todos los lugareños, y hacerles presa común de un reto, era como abrir un compás para hacer un policromático círculo, cuando lograban juntarse los puntos, ya en la tarde efusiva retornando a casa entusiasmo a Martina y Juan Gerónimo, quienes al oír la idea de echar nuevos cimientos a aquel lugar les parecía fantástica, los dos

El Heredero de la Tierra Prometida

exclamaron: perfecto, Martina sonrió como una joven primaveral, como nunca antes se le había visto, el rostro flexible de Juan Gerónimo semejante al agua de mar que endulza su costa, parecía convencido de que aquello era posible, de seguidas Martín Eulises les pidió reunir grupos para concretar los retos necesarios, era como juntar flores y árboles para darle al jardín un nuevo sentido.

Por lo pronto, Martín Eulises, salía con el sol tenue a reunirse en la Bodega de Cirineo con Don Romuldo y el propio Cirineo, les repitió aquella misma idea, y les pidió que la multiplicarán entre muchedumbres, haciéndole como las sales de arenas que se esparcen en la acampada del viento, Cirineo muy emotivo ripostó: Era hora afable amigo de hacer estos lugares rincones de ensueño, mientras Don Romuldo enfático y sorprendido indicó: En hora buena lograremos hacer mejor nuestros lugares y momentos de encuentro, de seguidas Martín Eulises persistió es hora de regar la esquila de aquel proyecto, sería como labradores quienes esparcen semillas para germinar frutos; en cosas de días ya las multitudes se organizaban, parecían peces que asombraban mares inmensos, el creceos y multiplicaos era posible ya concretar el sueño de la tierra prometida, no era utopía, era esencia de vivencia pura. Martín Eulises envió una carta de aquel propósito a María Valentina, la cual Jacinto vino a buscar, pidiéndole ser parte de aquel destino en comento.

Llegó el día de aquella inusitada reunión, la plaza de Pueblo Encantado, la de aquella vieja faena de pulir zapatos, estaba tan llena como los cielos de verano cuando manadas de aves pasean juntas, Martín Eulises subía a un alto peldaño, Martina y María Valentina, estaban a su lado, parecían dos troncales sosteniendo el dintel que abre una puerta, el joven con una voz tan alta, como el risco de una montaña, y ayudado por un parlante, parecía un ave rapaz con alto volumen de su chillido, mencionaba aquella frase lapidaria, la de su padre, la cual su mente repitió en sus desventuras y conciertos: *Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo*, muchos avizoraban rostros animados, parecían aves guiadas por un raudal del tiempo, se

El Heredero de la Tierra Prometida

sentían ya dispuestos a adentrarse a una aventura posible la de hacer de Pueblo Encantado y cercanías la tierra prometida, de seguidas el joven aludió, a la base cúmulo de aquel posible esfuerzo construir un lugar soñado, nos exige trabajar arduo, será como juntar trigo para hacer granero, o sumar rosas para hacer coronas bellosas que no se marchitan.

De aquel encuentro días, horas, semanas de reuniones se dieron, parecían jazmines y garzas que adosaban la laguna quimera, en cada zona construir el ensueño de la tierra prometida, se convirtió en una razón, parecida a una moda común, era como que las flores más verdosas se repetían vigorosas por cada esquina, las revisiones de experiencias vividas fueron como las aves que viéndose en lagunas, recordaban las sombras de añoranzas cautivas y alegrías imborrables, parecía como que las plantas se veían en el mar como espejo, destacando sus virtudes y pidiendo más nutrientes dentro de una naturaleza fecunda.

Pronto el inicio del sueño era posible, Martín Eulises y María Valentina, se reunieron en el patio de la vieja casa de Don Romuldo, con las señoras de Pueblo Encantado, les contaron la experiencia de Martina y su hijo, parecía como si se hablase de una planta que después de agotarse en el verano ocaso, se rejuvenecía en el alba de una primavera, luego simbolizaron que el primer camino para construir la tierra prometida, era conocer el valor de su gente, de sus mujeres, era como subir a la balanza de la bodega de Cirineo, para sopesar

las fragilidades de sombras andadas y mirar las virtudes del sol camino que quizás poco adorno ameritaba en el éxito de aquel experimento, que era tan idéntico a las plantas fuertes que resistían a la acampada invernal, otros tantos grupos se dieron en cada zona con hombres, jóvenes, parecía que las nubes multiplicaban el radiante amanecer de un alba fecundo, tanto se dio el esfuerzo, como agua de cascada indetenible que pronto ya todos estaban preparados, los espacios naturales eran más frondoso, y el artificio de la gente parecía más humano, y vivible sintonizado con una naturaleza más sentida.

El Heredero de la Tierra Prometida

El comienzo constructivo se aparejó a un mayo primaveral, se remozaron las plazas, escuelas, iglesia, canchas, aquel esfuerzo único, de una manada de soñadores, no se quebrantó, no vaciló, ni con el ímpetu de vaivenes del tiempo, parecían hacedores de una casa grande, del nido impregnado de una familia inmensa, era como que si las flores y los pastos se juntasen para hacer un jardín vistoso, después de un ocaso verano marchito y tardío, en cuestión de días lugareños habían hecho de aquel entorno un lugar diferente.

Plantas, árboles y lagunas acomplejaban un paraíso terrenal, una tierra prometida con tantas beldades y virtudes como el Edén bíblico, un sitio como nunca antes se había visto, ni vivido, ni en los mejores años de tantas generaciones andadas, se respiraba un aire tan puro, de un paisaje de tanto brillo, era como si llegasen propios y extraños entrando a un sitio mágico del cual sus mentes y vivencias no podrían escaparse, tan semejante como el visor cuando se junta a las palmeras que bordean los truncales de una isla.

Aquel paraíso terrenal, la tierra prometida, no era un lugar distinto al Pueblo Encantado de antaño, era aquel mismo ambiente remozado de beldades realzando sus tradicionales virtudes, pero con un colorario mayor el de la esencia de su gente, un día Don Romuldo muy antiguo en el pueblo exclamó: Nunca pensé ver a Pueblo Encantado, destilando tanto, es como vivir en la mente y el corazón un lugar maravilloso, es como volver a sentir la vez primera que este cielo desconocido nos recibió en el alba de la vida fecunda, en la bodega de Cirineo, se reunían muchos jóvenes, parecían goteros de agua que daban riendas a cascadas cerca de una laguna, el propio Cirineo afirmó: El nuevo Pueblo Encantado brilla hoy más portento que nunca, sus flores y aves, sienten el idilio de la gente, la mezcla de sus espacios artificiales con una vivencialidad única, que parece ventanales de horizontes más nuevos y aguas de laguna que dejan remozar los ojos de un visor cautivo.

Un día Juan Gerónimo junto a Cazador surcaron camino hacia el Hato la Zarzuela, tras llevar una carta de Martin Eulises a María Valentina, vieron por el

El Heredero de la Tierra Prometida

camino la emotividad de la gente, cual fieles pregoneros de cada flora abonada, parecía que el germen del fruto colaba más y sus resultas eran tan fuertes como la roca compacta no desgastada ante la erosión del destino, al llegar aquel joven a su destino María Valentina recibía aquella carta, su impresión era única, mostraba en sus radiantes ojos, una felicidad esa que se conoce cuando el dulce de un panal de miel adorna la vida, después de días de no saber nada del jardinero de su idilio primaveral solo ripostó a su cartero: Se dé la gran proeza iniciada por Martin Eulises esa que hoy hace de estas tierras un lugar mágico, de ese ensueño del que todos hablan, el joven le afirmó: Es el mi amigo, hermano orfano, sus vivencias sensibles, y las huellas de un destino de vaivenes, han hecho que un roble se convierta en la madera que ayuda pulir la nueva puerta del horizonte y los confines.

La tierra prometida, comenzaba a parecer un paraíso terrenal único, inigual e inusitado, las plantas tenían un verdor más fuerte, las flores encandilaban de una inflorescencia más nítida, las aves junto a las lagunas asemejaban a un coro de ángeles en una obra celestina, un ambiente tan fresco, nítido, el cual comenzaba a tener la fuerza de un pasaje histórico y turístico, parecía que un icono natural se conocía, tan prominente como una alta catarata, como la colina más pronunciada, se trataba de un realismo natural y mágico de unas proporciones dantescas, era como si se crease una hechianza nunca antes vista.

Después de arduos días, semanas y meses de trabajo, la tierra prometida logro articularse, ya había párido tantos frutos, que la savia nueva por todos era vivida y conocida, una noche distinta de regreso a casa Martin Eulises, admiraba con ojos firmes en el cielo, se encantaba del brillo de estrellas, lunas y otros astros posibles, los veía brillar tan fuerte, como la obra maestra que él y su gente habían construido, en su mente de aquel momento profundo volvió a recordar el sueño de aquella noche y el paseo de la laguna de su infancia en la cual se coló la frase lapidaria de su padre, esa que le amoldó y camino en su destino: *Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento*

El Heredero de la Tierra Prometida

debemos construirlo.

Tratando de interpretar aquella frase recordó hemos vivido largo tiempo arduo, soñando y construyendo el ambiente artificial de un Pueblo Encantado y sus cercanías, ese que le permitió a la gente reencontrarse con sus orígenes, pero avanzar para alcanzar un mejor destino, hoy la gente se une con más entereza, pareciese como si las flores y arboles tomaran una nueva armonía posible, cada lugar y momento hemos construido, hemos remozado lo artificial juntando a lo humano, hemos sido granos sumados de semillas germinando frutos frondosos, los momentos los logramos cuando crecemos de nuestras melancolías y nuestras alegrías, y le damos mayor valor y sentimiento a lo que hacemos, sentimos y vivimos, hoy parecemos como olas de viento que han descubierto nuevas lagunas, que no se detienen cuando la brisa tempestuosa les multiplica.

Aquella noche estaba tan cálida, aunque algunas veces la brisa se le intercalaba, Martin Eulises sintió la frescura de aquel momento, la tranquilidad de un viento silente, que le hacía sentir que había sido el árbol que con sus ramas había tendido sus frutos, como que si una meta incalculable se concretase, parecía el ave que volaba al pico y risco más alto de una montaña posándose en ella, veía como el compromiso de alcanzar la tierra prometida, ya no era utópico, era un realismo mágico existencial, el cual ya concretaba, honraba la herencia de aquel padre de la laguna taciturna, que le ofrendó una frase lapidaria, la cual le carcomió en su destino y quedaría grabada como la nueva estampa de Pueblo Encantado y sus cercanos en los anales de la historia como un antes y un después, en el cual las tantas vivencias, anhelanzas, vaivenes profundos, naturaleza y artificio se lograron verter dando color al ensueño de aquella la encumbrada tierra prometida.

El Heredero de la Tierra Prometida

CAPÍTULO VIII

EL SUPREMO DESENLACE

Han pasado horas, días, semanas, quizás meses y años, de aquella majestuosa obra natural y artificial, el paradigma inusitado que a todos maravilla floreciente, ya el brillo de Pueblo Encantado y sus alrededores no es el mismo, su sol parece distinto, es como si las flores cambiaron su tenue brillo, por una beldad radiante que nunca volvió a opacarse, las aves cantaron cada día más fuerte y empezaron a salir de sus nidos en vuelos de rumbos tan distintos, era como que si la luna y el sol cambiasen sus lugares en el firmamento para generar una composición tan profunda, cuya mella asombrosa, era como la sombra ingenua que no perdía las pisadas de un caminante en su rumbo, era el anuncio de que el tiempo final de un periplo, ya no era tan lejano, ya muchas comarcas quedarían tan definidas como siluetas de árbol cuyo verdor por fin se sabría cierto hacia un rumbo definitivo.

Un amanecer nuevo se pregonaría, con la antesala de una madrugada oscura, de una luna clara que ya tímida querida esconderse, como que si se tratase de las ramas de árboles que se encogen ante un verano sombrío, yacía Martin Eulises sentado en un banco de árboles, cerquita de la casa de la falda del árbol, que había sido testigo de sus tantas vivencias, parecía un búho despierto que en las ramas del árbol atesoraba ver un rumbo definitivo, mientras sentía melancolía de sus añoranzas de orfano, de pulidor de zapatos, cual sube y baja de una montaña, sus pensamientos se echaban a brotar, como agua de manantial, cercano así estaba Cazador su fiel perro y guardián aún dormido, parecía un rayo que se había quedado hundido en la área fecunda.

Martin Eulises pensó, que la frase herencia de su padre, la de la tarde de laguna, se había cumplido, era como que si las profecías de los evangelios se cumpliesen, pero después de aquello el silencio del paisaje se hizo presente, muto aquel pensar, y le hizo entrar en una reflexión nueva tan profunda, como el fondo de aquella laguna que había trastocado su destino, para tratar de buscar arcanos

El Heredero de la Tierra Prometida

cubiertos y darle sentido único y definitivo al horizonte pleno que exigía un color claro.

Entre cantos de gallos, que hoy resonaban más vigorosos que nunca mezclados con los rugidos de su viejo caballo de recorridos, que parecían mezclar percusión y viento en un concierto afinado, pasaron las horas reflexivas de aquel hombre, tan profundas como la inmensidad del mar abierto, horas en las cuales el paso del ocaso al alba, parecía un tranvía andando sus recorridos separando el antes y el ahora de la clarividencia del destino, se daban los toques finales de una mentada de la cumbre final de tantos encuentros y desencuentros, era como que si las infinitudes de las montañas que se veían tan lejas al comenzar a subir laderas, y llegar a sus riscos aproximasen a las inmensidades del cielo.

En aquel vaivén de olores y colores, de una naturaleza fecunda, que atrapa como la laguna inmensa que cambia cuando rayos le dan colorido, al compás de la reflexión profunda abría la puerta Martina, su madre, con un rostro tan colorido, que ocultaba las líneas expresivas de aquel su destino, que parecían caminos recorridos de flores y espinas, después de pasos suaves, como el dulce de la miel de un panal tranquilo, colocó su mano en el hombro firme de la humanidad de su hijo y le atestó: Hijo mío de mis entrañas, fruto de mi propia existencia, que os apesumbra en esta mañana fecunda, es acaso la tierra prometida, que hemos florecido, es el idilio primaveral de la beldad de María Valentía, o cuál de tantos verdores hoy deleita el jardín de tu vida.

Aquel joven mutado por la reflexión de su madre, pareció un ave que quedó mudo atrapado por una laguna taciturna, suspiró a la profundo, volteó sus ojos y de pie le contestó: Madre de mis añoranzas, luz que volviste a mi vida, extrañeza que algún día mi andar no sabía que existía, el destino, los colores del cielo lejano, la infinitud del horizonte posible, es lo que hoy me anima a ser pujante como el portento libre, quisiera saber hasta dónde llegan los confines de una mirada al cielo profundo, cuan brillo las estrellas puedan darme en su pleno, quisiera colmar mis nuevas noches y días de un color tan definitivo como los paisajes de trazos

El Heredero de la Tierra Prometida

fuerzas que se pintan seguros e inequívocos; aquel momento terminó con un dulce abrazo, tan degustable como el café que juntos fundidos compartieron después de un abrazo tan amplio, como el camino que se daba entre aquel pueblo y la estancia de María Valentina, su idilio de primavera.

A pocas horas, de tan sentido periplo sensible, el Joven Martín Eulises, su amigo de la orfandad temprana Juan Gerónimo y Cazador, se echaron andar hacia la vieja plaza del recuerdo del pulidor de zapatos, parecían tres espigas en granero, brotando del brillo de un campo distinto, la escuela hoy estaba cerrada, el bodeguero Cirineo acampaba a su puerta leía periódico haciendo caer su mirada, parecía el sol que subía y bajaba en un vaivén afinado, Don Romuldo cerquita de la plaza hoy regaba plantas, parecía la brisa que regaba raudales de olas en un mar fecundo e infinito, Juan Gerónimo al llegar a aquel sitio de anhelanzas y vivencias le habla a su amigo: Hermano de orfandad temprana, hoy mi mente y alma están tan inquietos, como cuando las plantas llanas esperan que sol o lluvia le marquen rumbo.

Veo estrellas a lo infinito y me pregunto que nos deparara el fiel destino, Martín Eulises, calló y miró a lo profundo el sol fijo por instantes, parecía el ave que perseguía un horizonte buscando develar a su fiel camino y con voz quebrada respondió: creo que a la vuelta de la esquina de esta tierra prometida, del confín de nuestros sueños esta la respuesta del camino, es un laberinto que se cierra, cuando llegada a la mar y haciéndose litoral se colma hacia lo infinito, cazador ladraba más brioso que nunca, parecía un portento de sol que no se secaba ante el goteo del dulce néctar de las nubes.

Aquel día más tarde la consulta del orfano temprano, del pulidor de zapatos, del hoy Médico humanista, tenía más colorido, gente de Pueblo Encantado y muchos cercados le visitaban, habían oído de la proeza del forjador de la tierra prometida, tantos vinieron parecían luciérnagas reunidas juntándose a luna llena en un ocaso fugitivo, horas de atención dedicó aquel bonachón el cual dibujaba en los rostros de sus pacientes una sonrisa de placer y de no olvido, parecía que el

El Heredero de la Tierra Prometida

sol degradaba a cada laguna con un color y brillo de destello tan único que marcaba lo fecundo de un día florido.

Más tarde de aquel momento cuando ya el último de aquellos seres, abrazos del destino habían sido atendidos, Martin Eulises tomó su caballo compañero del camino, pues no podía cual jardinero hoy dejar de regar la planta de sus idilios de primavera, la amapola de sus delirios, tomó su camino errante, cual peregrino hacia el Hato la Zarzuela, tras el amor de sus sueños bravíos María Valentina, la galera del camino parecía como un esparcido de rosas, cuya maleza final dejaba en tras luz el jardín de su nunca olvido, cerca de aquella laguna yacía en el banco arbóreo su amada María Valentina, le esperaba con una emoción única, parecía la flor que abre sus pétalos cuando la primavera le regala brillo, el joven bajo de su caballo, parecía un sol que en el mar logra esplendor tardío, vio el rostro de su idilio primaveral ella asemejaba inocencia, ingenuidad en un momento conmovido, como cuando las ramas de árboles reciben por vez primera la caricia de un viento desconocido.

Él con una voz muy melodiosa semejante a las aves que chillan al recibir su calor de nido le riposto pareciendo un cantico fiel vivido: Amado idilio de mi primavera, luz de mi arcano oscuro bendito, luna de mi camino desconocido, quiero pedirte que junto a mi madre vayas conmigo a aquella laguna en la cual un día mi padre me regalo una frase que carcomió mi destino, la joven infausta pensó que era el momento de conocer la razón de tantos vaivenes del amor de su fiel camino, y le atestó: Jardinero de mi idilio primaveral, cuanto añoro estar en el lugar que tantos sueños te ha construido, iremos a acampar una mañana al manantial de tus añoranzas, melancolías y amoríos, se selló aquel momento con un beso dulce, que brisa y sol colmaron junto a los remados del viento libre.

Contó Martin Eulises en la noche taciturna de aquel día, aquella idea venturosa tan sentida a Cirineo, Juan Gerónimo y Don Romuldo reunidos en la Bodega del pueblo, quienes quisieron ser cómplice de aquel momento sentido, parecían aves y pastorales que se juntaban haciendo un concierto de manto

El Heredero de la Tierra Prometida

bravío, aquella noche era tan única, llena de estrellas fugaces ante lo oscuro del cielo fijo y la luna de un romancero que destilaba luz esparciendo hacia el infinito.

Llegó el día de aquel periplo, una carreta tirada a caballos fue el testigo del recorrido de un fiel camino, sus pasos parecían al acercarse a la laguna, como cual andante que seguía un sol que hacia cierto un tesoro escondido, todos venían juntos en carreta, cuando la brisa y la maleza dejaron al descubierto aquella laguna, era un paraíso nunca antes visto, estaba la laguna de agua tan fecunda que parecía un espejo de color vivo, flores y arboles cercas en galeras, hacían siluetas como si se tratase de un lienzo de trazos finos, detrás estaba una alta montaña cual risco alto ocultaba aquel sol que era tan bravío, el joven bajo, salió corriendo y se sentó en el banco arbóreo de sus anhelos de cuando era niño, su ojos al descubierto, eran luceros de un peregrino que vagaron en aquel pasado de aquel momento con su padre vivido.

Cuando todos se sentaron cerca de la galera, el joven Martin Eulises, con una voz quebrada, parecía lluvia que viene y se interrumpe en las goteras de nubes indecisas, repetías las frases laceras de su destino: *Acá el padre de mi vivencia, el cómplice de mi niñez de aventuras, me dijo una vez Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo, hoy el vaga en mi sentir y pensamientos, es la huella que no se corrompe por el olvido, les miró fijamente a los presentes y les denotó como cual cumplido: Ustedes construyeron junto a mí un camino de flores tenues, y arboles fuertes con este viento y su rocío, lo que hoy atesora mi existencia viviente es andar juntándonos como rocas de ríos, para hacer de grata presencia un libro abierto, un pergamino de tantos colores vivos, el destino lo haremos cierto en los vaivenes de un sol bravío, que se hace cómplice de una luna frágil que en cada montaña aguarda su brillo.*

El rostro de Martina desgastado sonreía, era como que si el sol salía de la montaña que le ocultaba, María Valentina pálida, miraba al cielo, como cuando una flor busca en el sol cualquier rayo de luz de color bravío, Juan Gerónimo, Don

El Heredero de la Tierra Prometida

Romuldo y Cirineo, miraban el fondo de laguna como cual ave ante el espejo de ritmo en atino, aquella tarde quedó sellada con un lienzo pintado de los arquitectos del pergamino, los forjadores de cual destino, se pintó en esquila y en acuarela, una huella firme de nunca olvido, cada impresión de tinta se queda como el estelar impacto del sol vespertino.

Mientras todos adelantaban a la carreta, los rezagados Martín Eulises y María Valentina, se fundían en pasear a canoa en la laguna de añorar vivido, el con voz nerviosa y quebrada, semejante a un gallo en su primer tronido, le ha dicho: Amor primaveral de mis retoños, luz de mi oscuridad, calma de mi tempestad de los acampares bravíos, quiero convertirme en tu jardinero y regar los frutos de un vivir eterno y florecido, quiero pedirte que seas mi esposa, seamos flor y tierra que no se quiebran en verano marchito, quiero que regalemos rosas a ese jardín, que hagamos compás si es lo que sentimos.

Ella le miró a los ojos, parecía la luna que ve a la laguna al llegar en el ocaso tardío, con una voz tan dulce y tierna, que parecía de ángeles en coro dijo: idilio tú de mis primaveras, abono fiel de mi jardín florido, seré pues la rosa más dichosa cuando tú siempre riegues con tus amores ese suelo fecundo mío, nuestros retoños serán los frutos de un jardín frondoso y de un andar muy acontecido, que en cada alba y ocaso añoraran un cumplido, el joven mostro un rostro tan avivado y feliz, parecía el sol, que cambiaba a la lluvia cuando un largo acampal lo había impedido.

Ya de retornó en carreta todos los presentes eran testigos de aquel sello de amor, de aquel vestigio de idilio, parecían las olas de la laguna viendo el brillo de un sol bravío, era el destino que se hacía vivido, con un andar florecido. Pasaban noches, lunas y estrellas, y aquel momento estaba cerquito, era como cuando subiendo aquellas montañas las nube cerca daban su brillo, llegó el día que tantos esperaban el idilio primaveral paso a ser un jardín eterno tan colorido, los pasos de la casa de la falda de árbol, hacia la iglesia, de Martín Eulises eran como un ave que llegó al reto del destino.

El Heredero de la Tierra Prometida

Su madre Martina parecía inquieta, como cuando sales se esparcen a la brisa de cual camino, Juan Gerónimo y cazador, hoy parecían sueltos como raudales de agua que abren los ríos, todos andaban en un concierto de una mañana de nunca olvido.

Juntos en pasos hacia la iglesia eran tan firmes como el cielo mismo, Don Romuldo, Cirineo admiraron el pasar del orfano, el pulidor de zapatos que anduvo suelto de niño por las calles de un Pueblo Encantado del cual fue luz en tiempos vividos, el andar temprano de un joven que camino sus campos cuando era niño, parecía aquello otra fiesta patronal como nunca antes había ocurrido, él llegó primero y aguardaba en la puerta a la amada de sus delirios, llegó luego María Valentina parecía la beldad de un carmesí que en su jardín lograba más brillo, de las manos ya la ha tomado, caminan juntos con paso fino, parecían luna y lucero vagando a lo peregrino.

El sello de aquel amor eterno le dio la gala a cual destino, era la flor y su jardinero que se enrumbaban a un buen camino, de un jardín que en florecimiento con sus retoños dejaba atino, las calles al salir ya les vitorearon, parecían galeras de trazo rimo, cuando la carreta se alejaba, el sol admirada el canto trino, era como la lejanía que llegaba y no se resignaba al olvido, una noche complementaba el celebrar de aquel momento parecía divino, era como que ángeles se juntaban haciendo un coro a lo parlanchino, que en aquel amor dejaba un tierno sueño a lo repentino.

Pasaron noches y días enteros, de aquel momento pues tan sentido, en que la rosa y su jardinero fundieron juntos un ritmo fino, convivían en la casa de la falda de aquel arbusto, ella lo aceptó sin vacilar destino, pues el amor es como un lucero que ve fragancias y color tino, en donde pues pareciese que el rubí brillante no es presentado, porque el corazón es más frondoso, que un artificio mal esparcido, juntos por días convivieron eran sol y brisa haciendo un solo repentino, un día por la mañana hablaron juntos del fiel camino, decidieron tomar barca temporal hacia lejanías buscando brillo, que les permitiese reflexionar como

El Heredero de la Tierra Prometida

abonar el idilio de su andar vespertino.

Aquella mañana, al salir de la puerta del lecho donde yacían flor y jardinero, Martín Eulises y María Valentina, caminaban felices como las aves fugitivas, pero intranquilos como las rocas cuando no saben que les pasaría si cayesen al fondo del pozo, Martina yacía en el sillón después de colar café, tan dulce como el almíbar, su rostro desgastado parecía un camino viejo, que remozaba sus siluetas.

Juan Gerónimo y Cazador estaban echados en el patio recostados en el terraplén, era como cual arroyo y rocas sedimentando sus frisos, Martín Eulises miró a María Valentina, gritó a la puerta: Juan Gerónimo ven quiero contarte nuestra nueva, Martina se acercó, su rostro cambiaba de frágil a sorpresiva, parecía sol que se volvía sombra oscura, y Martín Eulises al ver a su idilio primaveral, les dijo a los tres: Hoy nuestros andares se surcaran a tierras lejanas, pronto nuestra barca zarpara a un rumbo desconocido, sólo el tiempo vago dirá si volveremos a este suelo de nuestro amorío, el rostro de Martina y Juan Gerónimo empalidecieron, parecían arboles cuyas ramas se adormecían cuando el verano se hacía sombrío, su madre le ripostó: No abandones este caudal que tantos hemos parido, y él le dijo: los sentimientos son como la infinitud del horizonte, nunca están lejos cuando los tenemos cerca en la inmensidad de nuestros sentidos.

Juan Gerónimo después del mutismo, parecía la altura fría de un risco montañoso, le dijo: Hermano de mi orfandad temprana, cuan roto queda mi corazón parece un pozo al vacío, no borraré nuestras añoranzas de un camino tan recorrido, mirándole Martín Eulises le dijo: No olvides que el destino lo construimos, las vivencias, los momentos, son la huella, son como el árbol cuyos ramales se duermen pero que no se marchitan cuando llegado el verano, la esperanza del invierno y primavera no se desgasta, María Valentina les admiró como que si una flor extraña pareciese corromper el jardín de árboles más viejos y flores de antaño y les dijo: Nunca podrá este idilio primaveral borrar la huella de tardes lejanas que le dieron brillo al invierno firme cuando no acampaba aún la

El Heredero de la Tierra Prometida

primavera fecunda, todos quedaron sorprendidos cuando la naturaleza vaga de sol y sombra de un vaivén sellaron aquel día.

A pocos días Don Romuldo, Cirineo fueron anunciados de aquel viaje incierto, entre mezclas de alegrías, melancolías, y añoranzas, juntos a carreta acompañaron a la flor y su jardinero fugitivos del destino, a aquel puerto de sus andanzas, en el que alguna vez Martin Eulises había despedido a María Valentina en un viaje incierto que agobio de melancolías, semejante a la luz que cedió seducida ante la lluvia que opacaba su brillo, pero esta vez con un destino de melancolías y desencuentros que sumaba más multitudes, como si las nubes llorasen sin sol bravío.

El camino hacia el puerto era un vaivén de sol y sombras, mezcla de alegrías y melancolías, las flores parecían florear y apagarse a la vez, era como si el desconcierto mutaba el momento, llegada la despedida los ojos de Martina eran raudales de aguas, Juan Gerónimo parecía una cascada represando aguas salinas, cazador ladraba como que ahogaba su chillido, Don Romuldo y Cirineo parecían ríos cuyos raudales interminables no se agotaban, el sol empalideció, Martin Eulises y Martina, subían a la barca que les llevaría a tierras lejanas.

Sonó la campana de la barca al partir, aquel sonido era como el viento que anunciaba aguas a la cabecera de un río, desgastando lágrimas en los presentes, por el ancho de una ladera de la nave, veían los peregrinos quedar a la lejanía las siluetas de los acompañantes de aquella tarde menguada, los forasteros se hacían echar a las olas del tiempo, desde el litoral los acongojados compañeros sentían ver alejarse una barca con el brillo de un sol que les había aguardado en tantos periplos posibles, luego cada ola de mar era como una marejada de sentimientos que se mezclaban, movían y que en la distancia parecían resignarse a una separación incierta larga o efímera no destinada a colmarse de olvido.

Ya han pasado meses, quizás dos años, Martin Eulises y María Valentina yacen en rumbos lejanos, Pueblo Encantado y sus cercanías, no han perdido el brillo de aquella tierra prometida, pero pareciese que el sol bravío es más tenue,

El Heredero de la Tierra Prometida

cuando la montaña alta no permite que se develen la inmensidad de sus rayos, falta quizás un árbol que les dé savia, el hondo vacío hace que en la extrañeza de la distancia, lo anhelado sea recuerdo, y la vivencia sea el reflejo de lo sentido.

En aquel Paris del estudio truncado de María Valentina, emprendieron faenas admirando las bondades de una tierra lejana, en la cual los paisajes y artificios, le daban esencia a la frase de Don Carlos dada por herencia a su hijo en una laguna taciturna, no obstante, la mente y el corazón de aquel joven estaban clavados en el Pueblo Encantado de sus añoranzas y melancolías, se sentía como un pájaro peregrino, lejos que extrañaba el calor de su nido que le tendía un raudal de cielo distinto, su idilio primaveral se sentía tranquila, pero inquieta acallando en el mutismo de las noches, al entender aquel sentimiento que embargaba como trueno estruendoso el corazón y la mente de su amado jardinero.

Fue tiempo de cartas interminables de Martin Eulises y María Valentina a sus infaltables amigos y seres queridos de Pueblo Encantado, una vez el joven le dijo a su madre: Flor otoñal de mi vida, reencuentro dulce de manantial en mi laguna, cuan hondo sentirte lejos y cerca, distante a mi mismidad como cuando el sol lo ocultan las montañas, pero cercano en sentimientos como cuando las olas vagan hacia un litoral, se funden y reman llegando a tierras lejanas, este vacío es tan grande, como cuando sientes que un pozo sin fondo no da rumbo a un roca lisa, su madre al leer aquello sintió, la nostalgia de un otoño que deseaba volver a ser primavera.

Pasaron meses, ya parecía que el destino, era como horizontes que separaban al peregrino caminante de una infinitud que no podría acercarse, cuando de pronto una carta llegó a Martina, era el anuncio del retorno de su retoño a tierra prometida de Pueblo Encantado, aquel día Don Romuldo, corrió como cuando un ave recibe trigo y no puede contener sus ganas, tocó la puerta de la casa de la falda de la montaña, y una viejecita desgastada y sensible abrió, se veía tan desconcertada como cuando la planta no sabe si otoño o primavera

El Heredero de la Tierra Prometida

cernirán sus días, Don Romuldo, le entregó aquella carta que decía: Madre de mis Amores, añoranza del reencuentro de mi camino, mis noches han sido fecundas y mis días tornasoles rendidos, nuestros idilios viven en mente y corazones, hoy distantes por las millas de mar que nos dan lejanía, pero nuestros tiempos ya acontecen, ya la brisa vuela en retorno estamos aprestos a volver a ser abono en Pueblo Encantado nuestra tierra prometida, Martina le comentó de esto a Don Romuldo, quien parecía tan radiante como ladera cuando la nube lluviosa se cambia por el sol que supera el risco de la montaña.

Doña Martina al leer aquello quedó sorprendida, se sintió como el día de dar a luz a Martín Ulises, mejor aún como aquel día que lo reencontró en el camino, parecía cascada de agua que se transformaba en más virulenta, corrió con la fuerza de un lucero prendido y viendo a Juan Gerónimo y Cazador, no dudo en relatarles la buena nueva, estos al conocerla parecían ramales de viento que calmaban las tardes sedientas de un sol bravío, a pasos colmados fueron a la bodega de Cirineo a contar las buenas nuevas, noticia que pronto se esparció como sales en el aire por Pueblo Encantado y sus cercanías.

Aquella distancia física, que nunca quebró el ímpetu de una cercanía espiritual y sensible insoslayable, tenía sus días contados, parecía que un reloj de arena terminaba de contar sus granos; horas, días y semanas pasaban, era como si el ritmo de las aves en coro al fin alcanzarían el nido fecundo, cuando en menos de un abrir y cerrar de los ojos la barca que traía al hijo de la tierra prometida ya se avistaba en el firmamento.

Aquella tarde menguada, la carreta de ensueño trasladaba a Martina, Juan Gerónimo, Don Romuldo y Cirineo, a aquel puerto, en el cual los retornados volverían a hacer contacto con la tierra de tanta vida, parecía que fuese sal de arena que después de arrastrada por las olas se devolvía al litoral firme, Martina parecía más emotiva que nunca, era como una guacamaya que abre sus colores sin guardar nada de su brillo, Juan Gerónimo parecía un caballo portento iba y venía de un sitio a otro, como si fuese un círculo que regresa a su punto centro de

El Heredero de la Tierra Prometida

origen, Don Romuldo y Cirineo, estaban tan serenos mirando al mar profundo, como si fuesen garzas mutadas mirándose al espejo de una laguna.

Cuando a lo lejos avistaban la barca del añorado retorno, Martina, Juan Gerónimo, Cirineo y Don Romuldo, el ambiente delineaba no sólo el regreso de forasteros, era el retorno de melancolías, añoranzas y vivencias, semejante a cuando la luz del sol regresa después de que la sombra la oscurece momentáneamente, desde la barca para María Valentina y Martin Eulises las millas de mar, que se recortaban hacia el litoral y las olas melodiosas eran el vaivén de sentimientos encontrados por lo lejano y lo que se podía vivir, era como un péndulo que va y viene en sincronía, desde el litoral la distancia de la silueta del barco representaba, el añoro de muchos días, y la esperanza de nuevos momentos, era idéntico a como cuando una balanza sube y baja ante pesos asimétricos.

En cuestión de minutos, lograr atracar el barco en aquel puerto, era como que el árbol volvía a plantarse en su tierra primitiva, después de esperar la salida de muchos pasajeros, ya por el plano inclinado de llegada, se avistaba la silueta de María Valentina, parecía tan intacta al día de su partida, pero con un rostro de más señorío, era como la rosa cuya beldad se había remozado, detrás venía Martin Eulises estaba más regio, era como el árbol cuando el verano y su sombrío le dan más fuerza y entereza para resistir al tiempo.

Al bajar, los abrazos y sollozos no se hicieron esperar, Martin Eulises soltó su maleta para abrazar a Martina, quien con ojos tan aguados, como nubes grises del cielo, no ocultaba la firmeza de un sentimiento, le atestó a su hijo: Hijo de mi corazón, reencuentro de mis caminos, anhelaba no llegar al ocaso profundo, sin ver al retoño de mi vida ser un árbol robusto en lo cierto, su hijo se dedicó a abrazar la cabeza de su madre y le dijo: Señora cuya luz fue mi vida, mi lejanía nunca pudo borrar un amor tan profundo, ni el viento forastero pudo separar la luna de su vivencia con el lucero al cual dio camino.

Fundidos en un abrazo caminaron juntos hacia la carreta que les aguardaba,

El Heredero de la Tierra Prometida

por su parte María Valentina, se fundía en abrazo con Don Romuldo y Jacinto, quienes parecían luz de antaño ante una azucena de primavera, los ladridos de Cazador frente a Juan Gerónimo y Cirineo, que se acercaron a estrechar la mano de los bien llegados fue parte del color de aquel momento tan justo.

El retorno de la carreta del puerto a Pueblo Encantado dejaba detrás el sol veraniego, era como el ave que miraba firme el confín alcanzable dentro del universo para echarse a descubrir nuevos portentos, era como si el horizonte lejano se hacía cercano, cuando las líneas infinitas se vuelven próximas dejando aclarar lo bravío, ante la vista incrédula de lugareños entraba la carreta a Pueblo Encantado, los rostros firmes de paisanos parecían como rocas fuertes admirando ríos, al llegar a la casa de la falda del árbol, el sol dejó destello de trazos finos, aquella noche quedó grabada con un ambiente de canto trino, en que melancolías se cruzaban con anhelanzas de un pergamino, en que luna y estrellas se juntaron al dar testimonio al camino.

Pasaron nuevos albas y ocasos, el fundirse en las nuevas experiencias de vida, era como que si el sol y las nubes brillasen más fuertes, dando a los pastos un verdor único, el retorno de Martin Eulises y María Valentina, se asemejaba a cuando el ave llega al borde de la laguna, permitiendo que las olas ondulen con suaves tinos, nuevas noticias eran de esperarse pues a la crónica menguada aún le falta algo de destino.

A los pocos días, la silueta de María Valentina, parecía más fuerte, asemejaba al capucho de una flor que en fotosíntesis hacia crecer sus pétalos, el fruto de un jardín regado, daba un retoño sentido, semillas afloraban, era la espera del primogénito, que vendría a suponer el traspaso de la herencia de un padre a su hijo, el cual pasando de planta a árbol, ahora matizaba sus suaves tinos, será varón decidía Martina, cuando aquel prominente espacio crecía, era como cuando las aguas de la cascada llenan más fuerte la laguna, el rostro de María Valentina al ver su humanidad parecía al de un náufrago cuando ve en el fondo del mar un tesoro escondido, el bonachón de Martin Eulises, veía su idilio de primavera, y en

El Heredero de la Tierra Prometida

el avanzar de su beldad natural cautiva el fruto tierno de su jardín florido.

Pasan los meses llega el día de la dulce espera, es de madrugada, los pujones de María Valentina, suenan tan fuerte, como cuando las garzas silban a lo lejos, yace en el lecho de aquella casa de las vivencias, Martina está cerca asistiendo, parece una lumbrera esperando la cruzada de la luna viva, Martin Eulises espera en el salón de afuera con una vaivén que parece la brisa que va y viene cada vez más fuerte sin detenerse.

En una mezcla de angustia y esperanza, como la roca insegura cuando llega al litoral del mar bravío, a pocas horas el reloj daba su tic tac, la ventana acaricia la sublime fuerza del viento, y después de reinar 3 segundos de silencio, el primer llanto sonó a los trinos, nació el nuevo heredero de la tierra prometida Luciano Martin, un niño de tez morena, como el esplendor de su padre, y de ojos claros como su madre misma, aquel hombre emocionado corrió a la puerta, la abrió, y al entrar yacía su mujer, el idilio primaveral con el retoño de su camino.

Al entrar Martin Eulises, exclamó: Idilio primaveral, amor de mis sueños tibios, hoy nuestro retoño sella a ese jardín florecido, de la tierra prometida que revuela los caminos, es la sangre de mi sangre, con color a vivos brillos, es el que ahora hará que mi mensaje se pregone sin rumbo fijo, su mujer con ojos aguados, como cuando la sabana reseca recibe un invierno tardío le ripostó: Oh jardinero de mi idilio, señor de mi amorío, hoy este retoño sella un lirismo que es tan bravío, es el fruto de este jardín, que legaremos a siglos, para hacer de la tierra prometida un andar de bellos tinos.

Al oír esto Martin Eulises con sudor que brotaba de su mente, como agua en desierto, y con ojos muy abiertos admiraba la humanidad de su hijo en sus brazos, era como el molino que recibió el viento y se abrió a sus truenos ritmos, Martina la vieja abuela, que presencio aquel momento sentido, lloraba de la emoción, como que era agua de río, la mirada delataba la cruzada de su destino, de una ferviente añorada que le dio color y ritmo a la vida que llevaba en aquel su fiel camino.

Llegó pronto por la puerta Juan Gerónimo junto a Cazador, al escuchar aquel

El Heredero de la Tierra Prometida

llanto tibio, vieron salir de aquel lecho a un Martín Eulises colorido, el cual le dijo: Hermano de orfandad temprana, compañero de mi destino, hoy el retoño de mi vida, es la luz que cambia mi ritmo, es el fruto que rejuvenece mis colores de tonos brillos; aquel su hermano orfano, le ripostó: Hermano de orfandad viva, sendero de un camino recorrido, hoy te veo trascender en tu retoño sentido, que parece el espejo de tu rostro a lo vivo, es la prolongación de un jardinero, que a tierra prometida le colmo sus bellos tinos; su hermano le dio un caluroso abrazo, parecido a cuando el sol cubre a una montaña, impregnando de suelto brillo.

Los días siguientes Don Rómulo y Cirineo se acercaron, cuando lo avistaron parecían aves admirando el raudal de un río, de inmensas cualidades y de un corazón latió, todos conocieron de la noticia del nacimiento del heredero de la tierra prometida, la noticia se regaba como cual río llenando arrozales y dándoles la vida, el tiempo pasaba y el crecimiento de aquel niño inquieto, veloz y descubridor era evidente, parecían padre e hijo dos gotas de aguas, que se juntaron en el andar de un lago matutino, todos admiraron aquel ser era el espejo del padre vivo.

Un día el padre Martín Eulises y su hijo Luciano Martín, tomaron caballo, fueron a aquella laguna en la cual una tarde menguada Don Carlos se había reunido con la prole dada por el destino, el camino hacia aquel lugar era un rugir vespertino, en el cual el sol ondulaba los trechos de aves al peregrino, al dejar atrás la maleza descubriendo colores tinos, la laguna y la montaña estaban como aquel recuerdo sentido, que un niño algún día vivió con su padre compañero de aquel camino, y que hoy se repetía con paisaje de color tino, para darle inmensidad a un andar florecido.

Al llegar al banco arbóreo Martín Eulises recordó la añoranza aún sentida de su infancia, y recordó lo que su padre le había dicho: *Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo*, ahora Martín Eulises siendo paso de otoño y primavera se lo repetía a su hijo Luciano Martín y le decía: *la herencia que te he legado, no es de oro ni rubí*

El Heredero de la Tierra Prometida

fino, es ese mensaje lapidario que ha acompañado mi destino, hijo amado de mi corazón, retoño fiel de mi jardín florecido, eres tú la expresión de continuar ese camino, cuando yo yazca en mi ocaso, y llegue a fin mi destino, serás tú en mi regazo la primavera sin olvido, para que este mensaje grato, este legado mío se esparza como sal en viento por los confines de siglos.

Después de regresar padre e hijo, en un ocaso vespertino, la luna engalanaba al lucero de aquel destino, eran como padre e hijo cruzando su fiel sentido, al retornar a la casa de la falda del árbol, el viento cómplice hacia adormecer aquel niño, y cerca su padre al verle sentía que había cumplido, era como ver a un árbol fuerte darle espacio a la sombra propia de su retoño florecido; de aquel día pasaron horas, meses y años, aquella amistad de padre e hijo crecía como agua inseparable de río, y el mensaje que les juntaba quedaba como al sol vivo, pregonándose por lugares haciendo confines siglos.

Un domingo en la mañana Martin Eulises, estaba en el patio con su hijo, parecían fruto y árbol que no se despegan ni en el verano sombrío, la beldad de María Valentina se acercó parecía el abono de aquel jardín florido, presintiendo que era momento de echarse a volar al ritmo, de guiarse hacia otras laderas, buscando un sendero fijo, le ha dicho a Martin Eulises: quiero que tomemos el tranvía cercano al río, para surcar confines juntos hacia un rumbo desconocido, Martin Eulises se puso de pie, como árbol que pone su vástago erguido, le respondió a su beldad, al idilio de su amor sentido: Oh amor de sed en mi verano, oh dulzura del cielo mío, ese tranvía de ensueño, puede llevarnos con ritmo, a surcar una aventura, a buscar confines finos, a descubrir con holgura lo que depara el destino; aquella mujer tomo a su hijo, y empezó a pensar como ave pura aquel concierto de suaves trinos.

Repentinamente, Martin Eulises salió corriendo al salón de la casa en el cual estaban Martina, Juan Gerónimo y Cazador, y viéndolos parecían péndulos de reloj que se mueven al canto de un tiempo fijo, les atestó aquel destino y les dijo: *Tomaremos un tranvía para ver que deparara el destino, es como el ave y la luna*

El Heredero de la Tierra Prometida

que descubrirán nuevos ríos, será como ver lo inmenso, tratando de ser repentino, cuando lo lejano se acerca, y le da al destino un brillo, Juan Gerónimo, le miraba semejante a como el alba mira un nido, y afirmaba su agrado con un gesto desde su cabeza, Martina ante aquello parecía un manto de brisa al ritmo, que su cabeza ondeaba con un agrado sentido.

El día siguiente Juan Gerónimo, converso con Cirineo y Don Romuldo, del paseo de aquel tranvía con rumbo desconocido, los tres parecían paralelos de árboles de frondoso ritmo, preparándose para adentrarse al arcano del destino, como si fueran aves inquietas deseando descubrir ritmos de marejadas de nubes que corren al cielo fino. Han pasado días de aquel plan de viaje, la carreta de caballos estaba lista para conducir aquel fiel camino, Martín Eulises cargo a Luciano Martín, parecía que llevaba un rubí muy fino, María Valentina tomó la mano de su jardinero al darse el trinar de los pajarillos, Martina parecía encaje de un jardín florecido, se acercó Don Romuldo, parecía un árbol erguido, que en su otoño ya pensó esperar su raudal bravío, Cirineo pareció a los riscos de los picos cuando el viento acaricia dejando su gala y brillo, Jacinto les esperaba más adelante en el recorrido repentino, ya todo estaba andado para surcar sus caminos.

Al llegar al tranvía todos parecían sorprendidos de adentrarse a una aventura a un rumbo desconocido, Martín Eulises delante de su idilio primaveral dijo al retoño de su ser vivido, la frase regalada por su padre: *Hijo mío, el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo*, luego de esto abordaron el vagón del tranvía mientras la fumata de humo negro ya anunciaba el inicio del recorrido, Martina se sentó detrás de la presencia de su hijo, era como la sombra en cautela ante la andada de un ritmo, al lado contrario se sentó Don Romuldo y Cirineo los amigos parecían espigas doradas esperando rumbo y camino.

Comienzan a hacer tracción los rieles al relancino, y por las ventanas se van quedando vistosos lares a lo campesino, la incerteza va adelante, detrás se queda

El Heredero de la Tierra Prometida

lo que convino, el añoro que guardó cada momento al destino, el andar es un vaivén es un rumbo al vespertino, detrás quedan añoranzas, melancolías y camino, delante la luz futura del arcano en su confino, como un pergamino blanco sin rayos ni trazo fino, esperando que los pintores le den un color muy tino, cuando se echen a andar a un rumbo circunvecino.

Llegando a una estación Don Romuldo y Cirineo se bajaron a ritmo, era el otoño que tarde hallaba el verdor del campo fino, esperando que la luz acampe a tono su fiel camino, volvía a tomar tracción aquel tranvía en su atino, era como ave volando a un rumbo tan repentino, parándose en otra estación subía el viejo Jacinto, era como que si el otoño volviese con otro ritmo vecino, aquel andamiaje andaba, un subibaja al serpentino, de quienes entran y salen de la existencia al refino, en un momento seguro Martina pidió al canto del trino que el tranvía se parara para bajarse en su destino, su paraje era una montaña con un rio circunvecino, que le dio a su ocaso otoñal un viento libre y divino, luego Jacinto bajo como admirando el camino florentino, era como árbol que se plantó en terraplén tan salino, siguió aquella tracción, con fuerza de viento al pino.

Juan Gerónimo y Cazador llegaron a un sitio pampino, en el cual el alba pura, y el sol con brillo opalino, les recordó la delicia y la frescura que previno, sólo adelante quedaban Martin Eulises y su amor paulatino, el idilio de primavera que le tomó en su remolino, y el retoño de su fuerza de aquel jardín matutino, Luciano Martin, el fruto de un amor tan genuino, el heredero de la tierra prometida que a su destino le vino, como legado del tiempo que se esparcirá como espino a los confines perfectos de rumbos buscando afino, se acercaron a la ventana de aquel tranvía lancino, admirando a la lejanía un sol de color festino, las montañas dejaban un ojo fecundo al camerino, que les hacía pensar que a lo lejos había un rumbo en desatino, que sólo en las albas nuevas podrían llegar a un frontino, era aquel el recordar de un lagunero en rebobino que en su padre recogió la frase de su destino, y que admirando a los cielos, a la infinitud, al cantarino, admiró que a las lejanías el futuro abría camino. **FIN DE LA HISTORIA.**

El Heredero de la Tierra Prometida

RESEÑA DEL AUTOR



BENNY JOSMER MÁRQUEZ FRANCO

El recorrido académico de este poeta nacido el 01 de Marzo de 1979 y nativo de Maracay, estado Aragua es notorio:

Abogado egresado de la UBA. Magister en Ciencias Políticas (UBA), Máster en Derecho y Relaciones Internacionales (CIU). Magister en Derecho Laboral (UBA). Doctor en Derecho y Relaciones Internacionales (CIU). Doctor en Ciencias de la Educación (UPEL) y postdoctor en Investigación (UBA). También es profesor Universitario de Pregrado y Postgrado.

Autor de los poemarios: Mi Lirismo hecho Poética y la Consonancia de mi Naturalismo. Es participante del I Café Literario UBA Postgrado Mayo 2022. Articulista de Revistas Científicas arbitradas e indexadas. Conferencista Nacional e Internacional. Tutor de Tesis Doctorales y Trabajos de Grado.

Es Coordinador de la Línea de Investigación Institucional: Geopolítica y Estudios Internacionales de la Universidad Bicentenario de Aragua.

El Heredero de la Tierra Prometida

ASPECTOS GENERALES DE LA OBRA

FICHA TÉCNICA: La novela *El Heredero de la Tierra Prometida* se presenta enclavada en el género de la prosa de un Drama, ambientado desde la 8va década del siglo XX, describe la historia de un niño Martin Eulises nacido de una relación casual de su madre Doña Martina y Fernando Gaspar, quien huye a España obligado por su madre, sin nunca más saberse de él. Martina sola y botada de la casa decide regalar el hijo a Don Carlos de Sevilla y Doña Ruperta, estos mueren sin saber Martin Eulises su verdadero origen, lo cual conocerá luego por una carta, y la reaparición de su madre Doña Martina.

En esta trama se junta con las vivencias de Juan Gerónimo otro niño orfano y su perro Cazador, en la casa a la falda de un árbol, quienes por intervalo desaparecen, lo cual se completa de experiencias con el viejo Don Romuldo portero de la escuela, quien les anima a los niños a estudiar y Cirineo el Bodeguero quien da vida a momentos compartidos, aquello se conjunta con la aparición de María Valentina quien anima un idilio de primavera en aquel joven, el cual se frena por la repentina travesía de la joven a París, el ingreso a una Universidad con su amigo de camino Raúl Sanoja reconforta la historia, hasta el retorno de su bien amada, en suma personajes que desaparecen y reaparecen le dan nudo a la historia, el cual comienza a superarse cuando Martin Eulises, recibe una carta develando un secreto de su origen, logra reunirse con personajes que distantes quienes reaparecen, como su Madre Doña Martina y luego de superar tantos momentos, viajes lejanos y cercanos emotivos y físicos.

Finalmente al convertirse en heredero de la tierra prometida, construye un paraíso, para darse un súper desenlace, en el tranvía del destino, el cual se soporta cuando traslada el mensaje de la herencia de vida dada por su padre Don Carlos ahora a su hijo Luciano Martin.

AMBIENTES FÍSICOS: El relato se escenifica en una zona rural impregnada de una región denominada Pueblo Encantado, el cual tiene como cercanías ciertos lugares: la casa de unos colonos españoles, llamada Hato la Esperanza, el rancho

El Heredero de la Tierra Prometida

de la Trinitaria Doña Juana Rembrandt a las afueras de Pueblo Encantado, la Hacienda los Girasoles, la casa a la falda del árbol, la escuela, la casa de Don Romuldo, la Bodega de Cirineo, la Plaza, la Universidad, el Hato la Zarzuela, el puerto, el tranvía, Paris, junto a paisajes de lagunas y flores que dan colorario a la animosidad de personajes principales y roles secundarios de la trama.

NARRATIVA: Se muestra una combinación de narración protagonista y omnisciente intercaladas, por un lado pasajes de diálogos entre personajes, pero a su vez la participación de un narrador externo cuya descripción de lugares y vivencias le dan un toque original a las secuentes tramas de una historia de vida adornada de encuentros y desencuentros que conducen a un desenlace inesperado.

PERSONAJES:

Martin Eulises: Protagonista un niño regalado por su madre y luego adoptado en orfandad por la muerte de padres adoptivos quien desarrolla su historia de vida.

María Valentina: Una Joven que llegó de Paris y despertó un idilio de primavera en Martin Eulises.

Doña Martina Domínguez: La madre biológica de Martin Eulises quien lo regaló por abandono del padre y la pobreza.

Fernando Gaspar: padre biológico de Martin Eulises quien retorno obligado por su madre a España y de quien nada más se habla en la obra.

Doña Ifigenia. La madre de Fernando Gaspar quien obligó a Doña Martina a irse de su casa, y a Fernando Gaspar su hijo a retornar a España.

Doña Juana Rembrandt: Amiga trinitaria de Doña Martina en cuya casa nació Martin Eulises.

Lorna: La amiga de Juana Rembrandt quien ayudó al parto de Martina.

Don Carlos de Sevilla. Padre adoptivo de Martin Eulises, quien le da la frase célebre de la novela y luego fallece.

El Heredero de la Tierra Prometida

Doña Ruperta: Madre adoptiva de Martin Eulises quien fallece.

Juan Gerónimo: Amigo de orfandad de Martin Eulises, en la historia desaparece y reaparece.

Cazador: El perro mascota de Martin Eulises y Juan Gerónimo.

Don Romuldo: El viejo portero de la escuela, quien apoya a Martin Eulises.

Cirineo: El bodeguero de la calle de Pueblo Encantado.

Viejecita llorosa: Una transeúnte que fue avistada por los niños.

Jacinto: Un trabajador del Hato la Zarzuela casa de María Valentina.

Raúl Sanoja: El compañero de camino y de la Universidad de Martin Eulises.

Ramón Loreto: El amigo de Carlos de Sevilla, quien le entregó carta a Martin Eulises.

Doña Rosaura: Madre de María Valentina sólo es nombrada en la obra.



Al llegar al banco arbóreo Martin Eulises recordó la añoranza aún sentida de su infancia, y recordó lo que su padre le había dicho: *Hijo mío el destino es incierto, sólo al vivir lo hacemos posible, cada lugar y momento debemos construirlo ...*

Benny Márquez